

## CORRESPONDENCIA

## CHINA

*Persecución en China*

Nos apresuramos á publicar la siguiente carta que nos transmite el venerable Procurador general de las Misiones franciscanas. Las nuevas desdichas que afligen á los cristianos del Chan-tong Septentrional conmoverán los corazones de los fieles de Europa, y atraerá á aquella desolada Misión preciosos testimonios de simpatía.

Dice así la carta del Ilmo. de Marchi, vicario apostólico del Chan-tong Septentrional, al Ilmo. Potron, obispo titular de Jericó y procurador general de las Misiones franciscanas:

**O**TRA vez tengo que comunicaros tristes noticias.

En Ly-yuen-t'uen, los paganos demolieron la pared de la iglesia y de la residencia de esta localidad: luego, invadiendo el patio á pesar de la resistencia de los cristianos que lo guardaban, mataron tres, hirieron gravemente siete y encadenaron muchos otros. Después de robar ó romper todo lo que había en la residencia y en la antigua capilla provisional, los bandidos destruyeron estos edificios.

Los PP. Van y Hu, sacerdotes indígenas, que se hallaban en una aldea próxima, acudieron á consolar á los perseguidos; pero apenas llegaron se les obligó á emprender la fuga. Los sectarios, furiosos, saquearon sus viviendas, robando ganado, materiales, víveres y dinero.

Los infelices cristianos andan errantes pidiendo un poco de pan que llevar á la boca, y vestidos para cubrirse. Como es de suponer, se dirigen á mí para obtener socorros. He encargado á los dos Padres chinos que les repartan los recursos destinados á subvenir á las necesidades de la Misión; pero son tan escasos, que poco podrán hacer.

Me veo en la imposibilidad de atender á tanto infortunio. Al principio del año envié á los misioneros los

fondos precisos para los gastos de sus residencias, y sólo me queda lo indispensable para el sostén de mis compañeros, de los seminaristas y de los huérfanos.

Vengo, pues, á suplicaros imploréis en nuestro favor la generosidad de los bienhechores de Europa.

He apelado al virrey y á los mandarines, quienes me han prometido intervenir. Mas en China, aun para los asuntos importantes, todo va con lentitud.

Nuestros enemigos han levantado ya, en el solar de la iglesia destruída, una pagoda, empleando los materiales que teníamos dispuestos para la nueva iglesia que íbamos á construir dedicada á San Antonio de Pa-

dua, y la inaugurarán el día 15 de la 4.<sup>a</sup> luna. Hacemos novenas al Santo Taurmaturgo para que se muestre más poderoso que el demonio. Así estamos seguros del triunfo, y os suplico me enviéis un gran cuadro del Santo, que colocaremos en el altar cuando nos haya atendido, y la tranquilidad y la paz vuelvan á reinar en la población.



EL SIERVO DE DIOS ANTONIO MARÍA CLARET. (Pág. 382)

## GOLFO DE GUINEA

*Resumen de los sacrificios y de los frutos de las Misiones.*

**C**ONSIDERÁNDONOS deudores á todos, escribe el reverendísimo Padre Prefecto de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, hemos procurado reunir los datos adquiridos en nuestras excursiones evangélicas, en nuestros viajes por los bosques, en nuestro

trato con todas las tribus que pueblan estos países, en nuestros ensayos de diversas clases. Agradecidos á los favores recibidos de toda clase de personas, hemos creído corresponder algo manifestándoles lo que aquí hay respeto á la riqueza del suelo; los medios prácticos para explotarlo con menos peligro de quiebra y fracaso; las enfermedades de los indígenas y europeos, junto con los remedios que la experiencia nos ha demostrado eficaces. Hemos señalado á qué se presta mejor cada una de las diversas islas de que se componen nuestras posesiones, á fin de que cada uno pueda dedicarse y sacar provecho de lo que mejor se acomoda á sus circunstancias.



Viniendo después al objeto peculiar del misionero, esto es, de plantar la fe en el corazón de estos pobrecitos indígenas, hemos dado una breve idea de los muchos obstáculos que se oponían á esta obra salvadora; el carácter indolente de los salvajes, la poligamia, su vida nómada, su volubilidad y el modo de vivir en grupos pequeños y aislados, lo cual impide el dirigir la palabra á muchos á la vez; además, en el bubí su excesivo temor al europeo y sus múltiples supersticiones; en el benga, su glacial indiferencia, hija del Protestantismo; en el pamue su fiereza, y en el anobonés su mezquindad de corazón y pequeñez de espíritu, dificultades todas difíciles de superar. Añádase á esto la falta de vías de comunicación, la carestía de víveres, etcétera, etc.

Nada diremos de las inmensas sumas que han sido necesarias para hacer fente á los gastos de todas clases, necesarios para llevar á cabo nuestra obra. El haber de procurar la manutención, vestido, cama, habitación y medicinas por término medio á trescientos niños recién salidos del bosque; el hacer por cuenta propia las iglesias, colegios y escuelas; la imprescindible necesidad de coadyuvar á los jóvenes recién constituidos en familia en la apertura de fincas, construcción de viviendas y cuanto requería su nuevo estado, son gastos á los cuales no se podría subvenir si además del auxilio que nos presta el Gobierno, no contásemos con la caridad siempre creciente de nuestros bienhechores. Basta consignar que desde el año 1889 se han levantado los edificios que sirven para los colegios de Santa Isabel, Banapá, Concepción, Elobey, Corisco, San Carlos y Cabo San Juan. Se han construido las iglesias de San Carlos y Concepción, y las capillas Banapá y una provisional en Corisco, y las capillas de Basilé y Elobey; se han renovado cambiándolas de sitio, por razón de higiene, las casas de Anobón, Cabo San Juan y San Carlos; se ha comprado una en Elobey, y construido otra en Basilé. Finalmente, tenemos en construcción las iglesias de Corisco, Anobón y Basilé.

*Sacrificios.*—Haremos caso omiso de los sacrificios personales, motivados por el calor, lluvias, sol, cansancios, peligros de mar y tierra, de fieras y serpientes, pues esto es lo que más abunda y puede llamarse el pan de cada día para el misionero, cuya vida sin cruz no sería fructuosa. Ya saben nuestros lectores que han fallecido treinta y un misioneros, y veintiocho han tenido que volver á la Península á fin de no verlos perecer sin esperanza de más fruto en estas insaludables playas.

*Frutos.*—Así como el planteamiento de la Iglesia fué obra de Dios, así lo es el de la fe en cualquier país donde la Iglesia se extienda; el incremento viene de El, y á El debemos todos los frutos recogidos durante el tiempo de nuestro apostolado en estos países. Los 2,400 bautismos administrados, con otras tantas confirmaciones; los 518 matrimonios, formando familias cristianas; la formación de cinco pueblos ó núcleos de población donde los indígenas, á la sombra del misionero, adquieren los hábitos de religiosidad, laboriosidad y civilización; la extensión de nuestro idioma por todas nuestras posesiones, etc., son obra del Señor que dijo á los discípulos: *Sine me nihil potestis facere*; y concordando

con esto dice el Apóstol: *Neque qui plantat, neque qui rigat est aliquid, sed qui incrementum dat Deus.*

Dígnese su divina Majestad continuar la obra comenzada, concediéndonos su espíritu y las fuerzas necesarias para llevar á cabo su obra. En El confiamos en primer lugar, y después de El en la protección de nuestra Madre Santísima la Virgen María, la cual parece haber tomado bajo su protección estas Misiones, pues es la primera á quien se aficianan estos pobres negros, á los cuales *Santa María gusta mucho*, y Ella tiene luego buen cuidado de conducirlos al conocimiento y amor de su Hijo.

Finalmente, confiamos en nuestros amados bienhechores, quienes tienen una gran parte en el mérito de esta obra, y el Señor, que no deja olvidado un jarro de agua fría dado por su amor, se lo premiará largamente.

## ÁFRICA

### *Esclavos desgraciados en Ujiji*

En los países cristianos goza el hombre, sin advertirlo, de los beneficios de la Religión, como su vista goza de la luz del sol. A muchos les sucede también, que menosprecian la obra de Jesucristo, olvidando que son deudores á su divina influencia, de no conocer los horrores de la barbarie pagana. Las mujeres, los niños, los ancianos, los esclavos, todos los seres débiles eran víctimas de ella entre nuestros antepasados paganos, como lo son hoy en los lugares donde no ha brillado aún la luz del Evangelio. Prueba palpable de lo dicho es la relación que trae la siguiente carta del R. P. Guillemé, de los Padres Blancos, fundados por el cardenal Lavignerie con el fin de combatir la esclavitud en el Africa:

Los desgraciados que se encuentran en los centros populosos, habitados sobre todo por los árabes, son generalmen víctimas de la esclavitud. Las consecuencias de sus padecimientos, malos tratos, marchas forzadas, hambre, sed, privaciones de todas clases, son la causa de las enfermedades que experimentan. Por eso han perdido la salud para siempre, y con ella la libertad.

Jamás olvidaré el espectáculo que he tenido ante mi vista en Ujiji, cuando la esclavitud á mano armada se enseñoreaba con todo su horror de las riberas del Tanganika.

Es raro que el misionero, recorriendo las orillas del lago, no vuelva con esclavos que suspiran por un libertador.

Me encontraba, pues, en Ujiji con objeto de rescatar algunas víctimas de la esclavitud. Visité el mercado y las calles de esta horrible ciudad, en la cual asistí á un espectáculo, del cual la pluma sólo puede dar idea imperfecta.

Delante de la puerta de una casa de buena apariencia una mujer, acostada en el polvo, iba á espirar, apretando contra su débil seno á un niño que no podía alimentar. Esclava de un amo que nunca había experimentado sentimientos de piedad, como no podía trabajar ya, vióse brutalmente abandonada, pues mantenerla hubiera sido un gasto inútil, y cuidarla, tiempo perdido.

Los viandantes, sordos á sus quejas, ni siquiera volían la cabeza para mirarla. El hermoso nombre de caridad, en efecto, no es conocido por estos salvajes musulmanes. Acostumbrados á cometer toda clase de crímenes, no experimentan ninguna compasión á la vista de un enfermo, de un anciano ó de un niño desgraciado;



separan de ellos la vista, como si fueran objetos odiosos. No saben, como nosotros sabemos, que á esos cuerpos enfermos está unida una alma inmortal, creada por Dios y rescatada con la sangre del Salvador Jesús.

Me acerqué á aquella infortunada de ojos extraviados, mejillas descarnadas y frente cubierta de frío sudor. Con las manos trémulas apretaba el esqueleto de su hijo que agonizaba en sus brazos; de su pecho se escapaban tristes gemidos. La hablé; mis consuelos dirigidos á la moribunda, que nada me debía, ni de la cual podía yo esperar cosa alguna, fueron para los curiosos objeto de admiración. Un grupo de éstos me rodeó muy pronto.

Atendiendo á lo que más urgía, bauticé al niño en presencia de numerosos espectadores, que creyeron aplicaba un remedio.

La atención general se fijó luego en ciertas palabras que se oyeron pronunciadas con enojo:

—¡Perro, hijo de perro, sácame esa esclava; llévatela; que se muera lejos de aquí, para que no manche mi morada y no atraiga las hienas á las puertas de mi casa esta noche!

Esta orden la daba á un esclavo un mestizo árabe, de facha feroz, nariz achatada y labios gruesos. Era el amo de la moribunda. Con una mano empuñaba una lanza y con otra un palo torcido, con el cual apartaba á los curiosos; todos huían de aquella bestia humana, con la misma prisa con que lo hubieran hecho de una fiera.

El esclavo, que llevaba una cuerda, se puso á obedecer las órdenes sin replicar. En vano trató de levantar á la agonizante: su amo le ayudó pegando á la desgraciada con el palo. La pobre se levantó con trabajo cogiendo á su hijo, y dijo al tirano:

—Cuando uno es malo debe serlo del todo: ¡mátame!

Por toda respuesta recibió otro golpe.

El esclavo encargado de la orden parecía experimentar un sentimiento de piedad; quizás pensaba que un día correría la misma suerte. Tímidamente pasó la cuerda por la cintura de la pobre para ayudarla á andar ó arrastrarla en caso necesario: así la condujo al borde del lago, que sirve de cementerio á los esclavos. Allí, lejos de sus semejantes, la víctima no tiene más que echarse y morir sin esperanza. Mis miradas se cruzaron con las de Karoli, mi fiel compañero, y comprendí que adivinaba mi plan. Seguirá al ejecutor de aquella orden bárbara, examinará el sitio donde abandonen á la esclava, y al favor de las tinieblas iremos juntos á buscarla.

Cuando cesaron los ruidos del día y vino el silencio de la noche; cuando la luna apareció en el cielo, mientras el redoble del tambor anunciaba que en la villa estaban bailando y divirtiéndose, me retiré á mi tienda. Allí, con mis neófitos, recé por la pobre abandonada.

Tres cristianos me acompañaron armados para alejar las fieras. Salimos á la descubierta y penetramos en el sitio; avanzamos con trabajo; en torno nuestro todos los objetos tenían un aspecto lúgubre. El lugar es horrible sembrado de cuerpos mutilados ó medio devorados; estábamos en un verdadero osario. Yo andaba despacio, con el corazón oprimido por indecible angustia, causada por el horror del lugar, el olor infecto que allí se respiraba y el temor de no llegar á tiempo. En medio del

silencio estuve escuchando los menores ruidos, los aullidos de las fieras y los gemidos humanos que creíamos oír.

Mis piés tropezaban con cráneos blanqueados por el sol, que chocando entre sí, producían un ruido siniestro; iba dando traspiés por entre las osamentas. Pasé sobre un cadáver en estado de descomposición, horriblemente destrozado por las aves de rapiña.

A la luz de una cerilla examiné otros cuerpos, para cerciorarme que estaban sin vida. Más lejos, una partida de hienas que venían á rastrear, huyen llevándose un cadáver, y dando gritos parecidos á las carcajadas satánicas de una bandada de demonios salidos del infierno.

Por fin, oímos unos gemidos cercanos, y junto á unas cañas hallamos en tierra á la desgraciada mujer. Su hijo había desaparecido, arrebatado por una fiera, de cuyos dientes la moribunda no pudo defenderle.

Me incliné á ella. Mi voz amiga en esta horrible soledad, la sacó de su abatimiento y pareció llevarla un rayo de esperanza.

—¿Quién eres? me preguntó.

—Soy el padre de los esclavos abandonados; vengo á ti para aliviar tus padecimientos.

—Pues bien, ¡dame de beber!

Acerqué á sus labios secos una calabaza llena de agua.

—Temo no poder curar tu cuerpo, díjeme, pero al menos quisiera asegurar á tu alma la felicidad eterna.

Le expuse las consoladoras verdades de nuestra santa fe, que admitió sin la menor vacilación, y la dispuse á recibir el bautismo.

Por una de esas gracias extraordinarias que Dios concede siempre á nuestros pobres salvajes, cuando tenemos la dicha de asistirlos en la hora postrera, la moribunda se conmovió profundamente, y me rogó que derramase sobre su frente el agua que debía purificar su alma y abrirle las puertas del cielo. Después de haberla marcado con el divino sello de la redención, la colocamos en una estera y la llevamos al campamento.

A pesar de nuestros asiduos cuidados, no tardó en espirar.

Una cruz trazada sobre la arena y que el viento barrará, indica el lugar de su última morada, donde nadie, fuera de nosotros, vendrá á orar por aquella desventurada.

Al día siguiente unos árabes me hacían esta pregunta:

—¿Qué buscas por Ujiji?

Si hubieran comprendido el lenguaje cristiano, les habría respondido:

—¡Busco almas!

## PERÚ

*Misiones franciscanas (continuación).—Felonia de los campos. —Asesinato de un cristiano.—Ataque á la Misión.—Valentía de los colonos.—Retirada de los salcajes, y abandono de la Misión por los misioneros y colonos.—Sus penalidades en el viaje.*

EL carácter del savaje es sumamente reservado é hipócrita (concluye el R. P. J. V., menor observante), y no obstante el recelo mutuo entre la Misión y los campos, éstos con frecuencia iban á la Mi-



sión aparentando buenas relaciones. Algunos colonos, quizá demasiado confiados, no temieron en sostener ciertos contratos con los campas, que éstos siempre habían fielmente cumplido. Un colono, Hilario Mata, que tenía la casa un poco separada de la Misión, contrató con un campá, el cual lejos de cumplir el compromiso, agredió con un palo á Hilario, trabándose entre ambos una lucha en la que fué vencido el salvaje. Este, lleno de rabia y coraje, se retiró á dar á los suyos cuenta de lo sucedido. En el consejo de los campas se decretó la muerte de Hilario.

Así que creyó llegado el momento oportuno, el salvaje en compañía de otros asaltaron la casa de Hilario, y no hallando el dueño, mataron al criado Secundino. La noticia de que los salvajes habían penetrado, en actitud hostil, en la casa de Hilario, llegó pronto á la Casa-Misión, y el P. José Hormaeche (el Prefecto se hallaba en Lima para asuntos de la Misión) se dirigió precipitadamente al lugar del suceso: ya era tarde. Así que penetró en la casa de Hilario, contempló horrorizado el cadáver del infeliz Secundino atravesado por ocho flechas.

En atención á la tirantez de relaciones creada por los hechos referidos, los Padres y colonos tuvieron que soportar este nuevo crimen, que entrañaba una provocación de parte de los campas. Pocos días después otro colono llamado Casimiro se aventuró á penetrar solo en el bosque con el fin de cazar. Visto por los campas, le acometieron descargando sobre él una lluvia de flechas, de las que trece lo pasaron de parte á parte, produciéndole una muerte instantánea.

Después de algunas semanas, el anciano campá Seruti, que con su familia vivía en la Misión, habiendo sido de los primeros catecúmenos, quiso ir á su huerta ó campo que tenía en su antigua residencia con el objeto de recoger algunos comestibles. Allí fué visitado por los campas, quienes se esforzaban en persuadirle á que con los suyos regresara á incorporarse en la tribu, porque habían acordado atacar á la Misión. Seruti se resistió manifestando que se hallaba muy contento con los Padres, y aún trató de suplicarles que dejaran su actitud belicosa, que se reconciliaran con los misioneros que habían ido al Pangoa para favorecer y proteger á la tribu, como sucedía en los otros lugares en que se habían establecido. Al ver los interlocutores de Seruti que éste no cedía, uno de ellos indignado le dijo:

—Vete con los Padres; dentro pocos días te mataremos á ti, á los tuyos, á los Padres y á todos los de la Misión.

Al regresar Seruti á su casa emocionado, refirió la conversación que había tenido con los campas y el complot que se formaba para destruir la Misión. Los Padres, al ver el temor y tristeza de Seruti, sospecharon que en realidad se tramaba algo serio. Las sospechas se confirmaron al ver que ningún salvaje se presentaba en la Misión. En previsión de desagradables acontecimientos se organizaron vigilancias de día y de noche. Este estado de excitación, de continua vigilancia, que obligaba á los colonos á sufrir la inclemencia del tiempo, y sobre todo las lluvias frecuentes en esta época, hicieron que algunos enfermaran de fiebre. El ser pocos en número, y algunos enfermos, el abandono de las la-

bores ordinarias, y el temor constante de un ataque repentino, tenía á los Padres y colonos en una situación por demás angustiosa. Solamente veinticinco entre sanos y enfermos podían oponer resistencia.

Entre tanto ¿qué pasaba entre los campas? Churihuante, como después se supo, había enviado comisionados á las demás parcialidades de la tribu para invitarlos al saqueo y destrucción de la Misión. Aunque no todos concurrieron al llamamiento de Churihuante, porque, á pesar de la natural y tradicional antipatía que los salvajes tienen á los blancos, muchos aprecian y estiman á los misioneros, sin embargo, unos 300 se pusieron á las órdenes de Churihuante. ¡Trescientos salvajes contra veinticinco en su mayor parte indios de Andamarca, y de éstos algunos enfermos!

Entre los salvajes que concurrieron al llamamiento de Churihuante había uno sumamente orgulloso y altivo, que por un poder mágico que se le atribuía se imponía al sanguinario Churihuante. Se daba á sí mismo el modesto nombre de *Tasorinsi*, que en lengua campá significa *Todopoderoso*. Como más audaz tomó la jefatura del ejército y la dirección del combate. Manifestó á los suyos que tenía poder para neutralizar la acción de las armas de fuego, que con un soplo podía destruirlas, y aun coger con la mano las balas al vuelo; y para estimular más y más á su ejército, les indicó que delegaba á todos el oculto poder de que disponía. Los infelices salvajes, sencillos y supersticiosos, dieron crédito á las necedades de Tasorinsi, y se dispusieron sin temor para el ataque. Con estas instrucciones, los salvajes no tomaron las precauciones acostumbradas en semejantes lances; creyéndose invencibles por el número y por el poder mágico que creían haber recibido de su nuevo jefe, ya no pensaron sino en determinar el día y la hora en que debían llevar á cabo su plan.

Mientras los sucesos referidos tenían lugar en el Pangoa, el Padre Prefecto se hallaba en Lima gestionando con el supremo Gobierno la cesión de una zona que fuese el término del nuevo pueblo que se levantaba, asignando al mismo tiempo á cada colono cierto número de hectáreas de terreno que debían constituir su propiedad. El supremo Gobierno accedió á la solicitud del Padre Prefecto, y cuando éste regresaba al Pangoa, con los documentos necesarios, hallándose en Tarma recibió la noticia de la excitación en que estaban los salvajes. Precipitó el viaje, y á marchas forzadas y por el camino más breve se dirigió á la Misión, con la esperanza de evitar el conflicto que amenazaba á los Padres y colonos ó de compartir con ellos los peligros. Viendo el Padre Prefecto que los defensores de la Misión eran pocos y algunos enfermos, y que los salvajes podían atacar en número de más de mil, á instancias del anciano Seruti volvió á emprender el camino para Andamarca, con el fin de invitar á los indios á que fuesen á prestar auxilio á los del Pangoa. Con esto el Padre Prefecto se proponía un doble objeto: viendo los salvajes aumentado el número de los defensores de la Misión, esperaba que desistiesen de su empeño; de lo contrario, se hacía más probable la victoria de parte de la colonia. Al regreso tuvo noticia de que la Misión había sido atacada. El hecho pasó del modo siguiente:

En el consejo de los campas se resolvió atacar á la



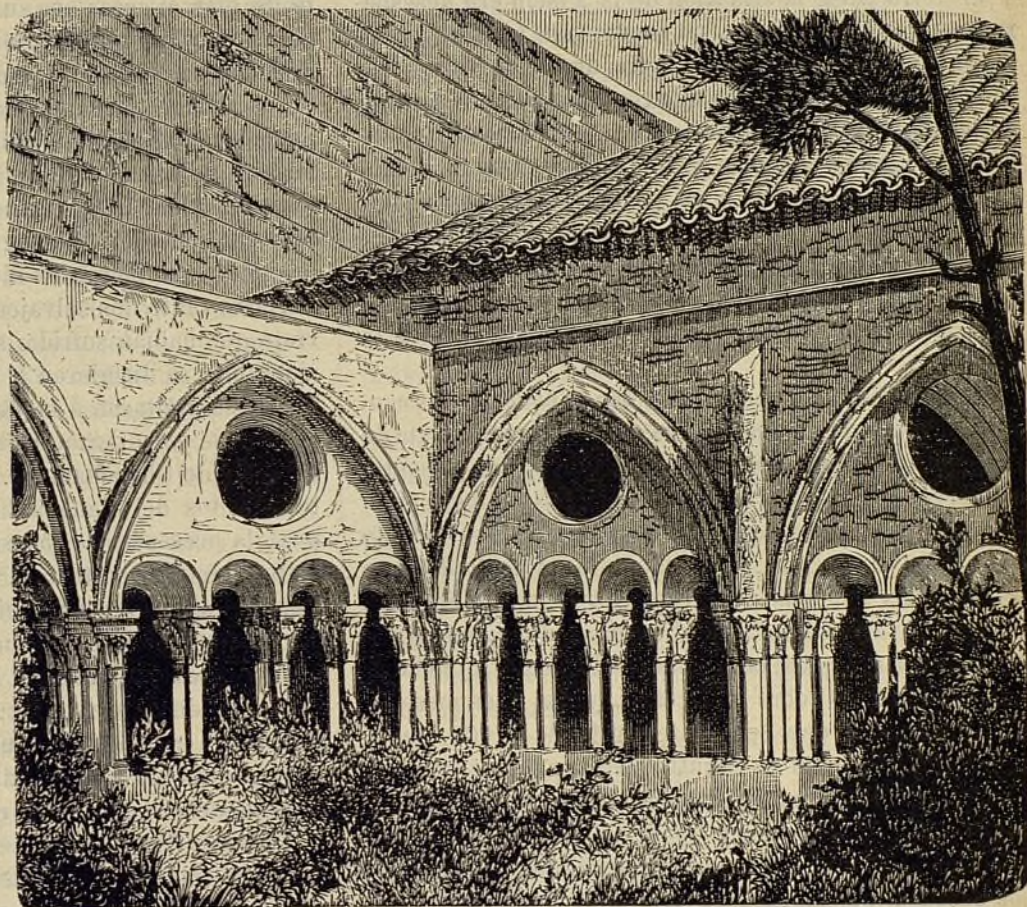
Misión el 12 de Mayo, suponiendo que los colonos, cansados de una constante vigilancia, se hallarían algo descuidados. Churihuante arengó á los suyos, y Tasorinsi les advirtió el uso del poder mágico que les había comunicado. Entusiasmados por las exhortaciones belicosas y fortalecidos por el supuesto poder extraordinario, se dirigieron á la Misión, dispuestos para el combate y confiados en el triunfo. Poco antes de llegar encontraron una mujer con su hija de poca edad, á las cuales asesinaron. Para los salvajes esto fué un pronóstico feliz, y cobraron nuevo vigor y entusiasmo. Serían las dos de la tarde cuando los colonos se apercibieron de la aproximación de los salvajes. Los PP. José Hormaeche y Manuel Navarro se hallaban en los altos de la Casa-Misión. Este último, hijo de la provincia de Valencia y recién venido de España, dormía la siesta, y así que oyó el natural alboroto que produjo la presencia de los salvajes, saltó de su pobre lecho, y apenas puso los pies en el suelo, cuando una flecha cayó en el mismo lugar en que descansaba la cabeza, pasando la almohada de parte á parte. Si tarda unos segundos más en levantarse, hubiéramos tenido que deplorar su prematura muerte.

Los salvajes, con cierto desorden, se habían formado en línea de combate á unos veinte metros de distancia. Los colonos se atrincheraron dentro y detrás de la Casa-Misión. Por una y otra parte se peleaba con furor: las flechas, silbando por los aires, llovían en todas direcciones cayendo horizontal y verticalmente. Del campo salvaje surgía una gritería infernal, máxime cuando alguna bala sacaba fuera del combate herido ó muerto á alguno de ellos. A instancias de Tasorinsi, que daba ejemplo, todos se esforzaban en *soplar* para inutilizar el efecto de las armas de los colonos. La desesperación de Tasorinsi al ver lo inútil de su mágico poder, los alaridos de los heridos, la gritería provocada por Churihuante, las ridículas gesticulaciones y visajes que hacían al *soplar*, junto con el primitivo *uniforme*, sus plumas y el rostro pintado, producían en el campo salvaje un espectáculo horrible y grotesco que causaba lástima.

Los Padres se hallaban en la expectativa preparados para atender á los heridos de entre los colonos y neófitos, que, no obstante la enfermedad de algunos de éstos, estaban dispuestos á impedir, á todo trance, el avance

de los campos. El combate se prolongó hasta el anochecer. En el campo salvaje hubo unas treinta bajas entre muertos y heridos: de parte de la Misión, á más de las dos muertes referidas, madre é hija, sólo hubo que lamentar tres heridos; dos levemente, el tercero de gravedad.

Los misioneros, como es de suponer, no tomaron parte activa en el combate: defendidos por la colonia, encomendaban á Dios el feliz éxito de la lucha. Como los colonos estaban dispuestos á vender caras sus vidas, el triunfo de los salvajes habría dado ocasión á una horrible hecatombe. Esto no lo ignoraba Seruti y su familia, compuesta, en su mayor parte, de mujeres y niños. De aquí que los hijos mayores de Seruti, que



FRANCIA.—Monasterio de Fontfroide, donde falleció el P. Claret. (Pág. 382)

manejaban el rifle como veteranos, hicieran esfuerzos desesperados para contener á sus paisanos, toda vez que, á más de sus propias vidas, defendían las de sus mujeres é hijos. El furor de los campos, al verse derrotados, llegó á su paroxismo: amenazaron con que regresarían en mayor número para incendiar el pueblo y matar á toda la colonia.

Después de Dios, los Padres y colonos deben la vida y el éxito del combate á las necias y extravagantes pretensiones de Tasorinsi.

Luego que los salvajes se retiraron del campo, los Padres, que quedaron en una situación angustiosa, no sabían qué partido tomar; llamaron á los colonos y neófitos, y de común acuerdo convinieron no tomar resolución alguna hasta el regreso del Padre Prefecto, que en breve había de arribar de Andamarca.



La noticia del ataque causó al P. Hernández una pena inmensa; pena que se mitigó en gran parte cuando al llegar á la Misión observó que no había sufrido lo que en su juicio se figuraba. Conocía el carácter sanguinario de los campas, y al ver el pueblo íntegro, á los Padres y colonos sin los destrozos que presumía, dió gracias á Dios. Luego reunió la colonia para deliberar lo que debía hacerse en tan críticas circunstancias. El resultado fué que era preciso retirarse, abandonando las casas y los campos: resolución extrema, pero necesaria. ¿Qué otra cosa podían hacer ante la amenaza de que los campas regresarian en mayor número, los que, experimentados por la derrota, no fiarian en las necesidades de Tasorinsi, sino que, bien pertrechados, tomarían todas las precauciones para salir con su intento?

Por otra parte la situación de la Misión era desesperada: escasos de víveres, no se atrevían á salir al campo, ni aun al río para buscar agua; unos enfermos, otros convalecientes, y todos en una continua zozobra á causa de la extremada vigilancia, constantes alarmas y no relevadas vigiliias. Además se hallaban escasos de municiones para defenderse, y no podían proveerse de ellas antes de veinticinco días, en cuyo plazo los salvajes podrían intentar un segundo ataque con éxito favorable. Se temía también que los campas cortasen el puente tendido sobre el Pangoa, único punto que permitía la retirada.

Los colonos no pudieron disimular la pena que les causaba el tener que abandonar la casa y campos, fruto de tres años de constantes trabajos, y que ya les prometía un porvenir lisonjero. Ya que no era posible permanecer, quisieron llevarse del menaje de la casa todo lo que pudieron cargar, no obstante las dificultades que ofrecían las asperezas del camino y el ser la estación de las lluvias. La notable diferencia de temperatura que hay entre las bajas regiones del Pangoa situadas á unos 700 metros sobre el Océano, y las altas mesetas de Andamarca, que se hallan á más de 4,000, debía influir notablemente en Seruti y demás neófitos campas, que, no pudiendo permanecer en el Pangoa sin sucumbir al furor de los de su tribu, se vieron en la dura necesidad de trocar las fértiles y cálidas regiones de los bosques, por las áridas y frías de la cordillera. Esta perspectiva aumentaba la pena de todos.

Arreglado y dispuesto todo lo necesario, emprendieron la marcha, que fué penosísima. Dos días tardaron en recorrer las cinco leguas primeras; pues, á poco de emprender el camino, los enfermos y algunos convalecientes empezaron á desfallecer. Entonces los sanos y robustos, por un acto de caridad y compañerismo, se adelantaban un largo trayecto; dejaban en el suelo su equipo, y regresaban para llevar en hombros al que rendido de fatiga ya no podía andar por sí mismo. Llegados al sitio en donde habían dejado el equipo, descansaban un poco, luego tomaban éste y se adelantaban otro trayecto, para dejarlo otra vez y regresar para llevar su nueva carga. Todo esto se verificaba en un camino escabroso, con largos trayectos de agua y lodo, con ascensiones difíciles y en medio de lluvias torrenciales; y para colmo de penalidades tenían que pasar la noche en la intemperie, bajo los árboles, sin poder alimentarse convenientemente por la escasez de víveres.

Con estos trabajos tardaron cinco días en recorrer las quince leguas que medían entre el Pangoa y la primera meseta de la puna, en la que se hallan unas chozas de pastores, en donde encontraron algún alivio á tantas congojas y fatigas.

Para el pobre Seruti estaba reservado el apurar el cáliz del dolor hasta las heces. El respetable anciano tuvo que añadir á los anteriores sufrimientos, el dolor de ver morir uno tras otro tres nietecitos de poca edad, que algo enfermizos no pudieron resistir los rigores de la puna. Pequeños neófitos que trocaron ese penoso calvario por las mansiones de la felicidad eterna.

Los Padres, que ayudaban en lo que podían á sus compañeros de infortunio, trataban de consolar al afligido anciano por medio de las sublimes verdades de la fe. Si bien el creer que sus pequeños nietos se hallaban en el cielo lo consolaba, no por eso la naturaleza dejaba de hacer su explosión. ¿Cómo podía ser de otro modo? Seruti amaba tiernamente á los suyos, y su corazón no podía ser insensible á los llantos de los padres de los niños, que lamentaban los acontecimientos que tan costosos les eran. Llegaron por fin á Andamarca, en donde todos fueron alojados, según lo permitía la pobreza de los indios que moran en dicho pueblo.

Entre tanto los salvajes, deseosos de vengar la derrota que habían sufrido, se reunieron en número considerable; se dirigieron al Pangoa, y hallándolo deshabitado se limitaron á saquearlo. Deseosos como estaban de sangre y matanza, resolvieron asaltar las colonias del valle de Chanchamayo. Como la noticia de los acontecimientos del Pangoa había llegado á dichas colonias, la presencia de los salvajes en los cerros inmediatos infundió en todo el valle el pavor y el espanto. Después del pavor producido por la repentina é inesperada aparición de los campas, los colonos, que casi todos son extranjeros, se organizaron en patrullas no sólo para defenderse, sino para atacar. Los salvajes, que desde las alturas contemplaban los movimientos que se verificaban en el valle, que además contaba con una pequeña guarnición, creyeron prudente retirarse.

Tal es el triste desenlace de la Misión del Pangoa, en donde se estrelló el celo del P. Tomás Hernández, actual prefecto de Misiones y de sus compañeros. Misión en extremo laboriosa que abandonaron con pena indecible; pues les era tanto más querida, cuanto les fué más ingrata. No por eso el Padre Prefecto pierde la esperanza de aprovechar una favorable coyuntura para hacer una nueva tentativa. Es el carácter de los misioneros tal, que no se arredran ante los obstáculos, sufrimientos y peligros.

## CHILE

*Extracto de la Memoria anual que el Rmo. P. Fr. Felipe S. Bórquez, prefecto de las Misiones franciscanas, presenta al ministro del Culto, de los trabajos apostólicos llevados á cabo en el año 1896 por los misioneros del colegio del Santísimo Nombre de Jesús de Castro.*

EL colegio de Castro tiene actualmente en las Misiones once sacerdotes y un Hermano lego, ocupados en evangelizar é instruir á la raza araucana. No sólo atendemos con solicitud paternal todo cuanto



se relaciona con la civilización araucana, sino también prestamos diariamente servicios religiosos á la numerosa población española-chilena que habita el dilatado territorio, sujeto á nuestra jurisdicción espiritual.

Las Misiones que pertenecen á esta prefectura apostólica son las siguientes: Angol, residencia del Prefecto, Cañete, Lumaco, Traiguén, Cholchol, Nueva-Imperial y Carahue.

Residen también en esta prefectura dos sacerdotes, que pertenecen al colegio de San Ildefonso de Chillán y al de Nuestra Señora de la Cabeza de Santiago.

Mediante el esfuerzo no interrumpido de nuestros operarios evangélicos, el celo apostólico que los anima y la práctica adquirida en largos años de trabajo, hemos obtenido grandes conquistas espirituales, que llenan de regocijo nuestra alma, porque satisfacen las más vehementes aspiraciones de los Superiores de la Orden y del Gobierno, quienes han puesto bajo nuestra custodia la civilización de la raza araucana.

La conversión á la fe católica del indómito araucano, y el poderle infundir los hábitos de trabajo y honradez, forman el más bello ideal de los hijos del colegio de Castro.

Conocemos personalmente la situación aflictiva, podría decir degradante, en que se encuentra la raza araucana; conocemos también el camino por donde podría llegar en breve tiempo á la vida civilizada cristiana; pero en cumplimiento de mi deber, no puedo ocultarlo, aunque hiera la fibra más delicada del honor nacional, el araucano, tal como está hoy día, es un paria en el suelo que le vió nacer.

Nada favorable se ha hecho en bien de ellos; viven aislados y pobres; les han quitado sus terrenos, estrechándolos tanto que dentro de muy poco tiempo tendrán que mendigar el pan cotidiano, ó emigrar del país que con tanto heroísmo defendieron durante tres siglos. Los araucanos, declarados por la ley menores de edad, encuentran toda clase de obstáculos para poner á salvo sus diminutos intereses. No hay día en que no veamos numerosas partidas de indígenas en las oficinas fiscales, pidiendo amparo y protección para poder vivir en el terreno que Dios y la naturaleza les habían dado.

Siendo los araucanos los primeros pobladores de estas regiones, sus derechos eran inviolables. Ellos, antes que los colonos extranjeros y los rematantes de terrenos fiscales, deberían ser preferidos por el Estado. Mas, lo que no se ha hecho hasta ahora en este sentido, podría el supremo Gobierno retribuirles en adelante con otros bienes que hartamente necesitan, como veremos en seguida.

La sola predicación evangélica en el araucano no es suficiente para convertirlo en hombre útil á la sociedad; hay necesidad de agregar otros medios que la Religión y la ciencia aconsejan.

La raza araucana necesita escuelas de instrucción primaria, si queremos que abandone sus inveteradas costumbres. Ella no mira el porvenir, se contenta con recordar su desgracia presente y lo que fué en otro tiempo. Es indolente por naturaleza; jamás buscará su felicidad, si el Gobierno, el sacerdocio católico y la sociedad ilustrada de nuestro país no toman cartas en un asunto de vital importancia.

Por más activa que sea la propaganda católica y civilizadora de los misioneros, á cada paso encontramos mil dificultades que entorpecen la marcha victoriosa y triunfante de la verdad contra el error, de la virtud contra las supersticiones de los infieles araucanos.

El campo de acción que se presenta á nuestra vista es inmenso; pero para realizar los proyectos que traerían la inmediata civilización araucana, necesitamos mucho; no podemos subsanar los inconvenientes; no depende de nosotros. Mientras el Gobierno no proporcione los recursos necesarios para la educación de los niños y niñas araucanas, la sociedad no percibirá los bienes que podría exigir de tan crecido número de infieles como hay en este dilatado territorio.

Con innumerables sacrificios de nuestra parte, sólo por no esterilizar nuestro magisterio, de por sí santo y sublime, hemos sostenido y sostenemos escuelas gratuitas para educar niños indígenas y niños pobres de los campos y pueblos de la antigua frontera araucana.

La iniciativa particular de nuestra Orden no es suficiente, para poder educar á los hijos de más de cuarenta mil indios, como creo que hay en esta prefectura.

Debo dejar constancia sobre lo que he dicho en las Memorias que he pasado á ese Ministerio en los años anteriores, para que V. S. tome en consideración y atienda á los indígenas y les conceda lo que en justicia equitativa á ellos pertenece.

En más de una ocasión he manifestado al supremo Gobierno la conveniencia de establecer escuelas en las mismas Reducciones indígenas; que sirvieran estas escuelas personas aptas y bien preparadas en el arte de la enseñanza; que estos establecimientos fueran vigilados periódicamente por los misioneros respectivos ó por los visitadores fiscales.

Todos los que han visitado estas regiones saben que hay numerosas Reducciones indígenas, que merecen tener una escuela fiscal.

Por el lamentable estado de pobreza, por las enormes distancias que los separan de los pueblos en los cuales hay escuelas, no pueden mandar sus hijos á ellas. Si á estos obstáculos inseparables al indolente araucano, añadimos la natural distancia y mala voluntad con que mira á la raza española, se verá más clara y necesaria la urgencia con que el Estado debe contribuir á desterrar la ignorancia en esta raza que por su heroísmo ha pasado llena de gloria á la historia patria. Debería tenerse presente que con la expropiación de los terrenos que fueron de los indígenas, se ha enriquecido el Erario nacional. Muy razonable sería y digno de aplauso, si V. S. asignara alguna cantidad para construcciones de escuelas en el territorio araucano.

Si estas construcciones demandaran crecidos gastos al Estado, en la forma que dejo expuesta, ó que V. S. no lo creyera realizable ni oportuno, hay todavía otro medio más fácil y económico. Es el siguiente: podrían establecerse grandes internados de niños indígenas en nuestras casas misionales, asignando el supremo Gobierno una subvención conveniente para proporcionarles alimento y vestido durante el año escolar. Otro tanto harían con las niñas indígenas las Hermanas Terciarias, cuyo amor y decisión para educar á la mujer araucana es tan conocido.



Las armas de la patria concluyeron, tiempo hace, con el antiguo dominio araucano. Gracias á la pacificación completa de estas tribus belicosas, han podido florecer las artes, las ciencias y la industria en las incultas y solitarias selvas araucanas.

Con las armas no se hizo otra cosa que pacificar una parte de la población nacional, que defendía el suelo que heredaron, y que por ignorancia no aceptaban las

roso crimen que la enseñanza católica que da vida y felicidad al hombre y á la sociedad, pueda producir aquellos saludables efectos, por los cuales el hombre se vence á sí mismo, morigera sus costumbres, y su alma adquiere vida sobrenatural y eterna.

Como prefecto apostólico de las Misiones del colegio de Castro, como chileno que soy, hago presente á V. S.: que gran parte de nuestros trabajos se esterili-



COCHINCHINA.—Torres de los chames banis, llamadas de bronce. (Pág. 376)

leyes del país, ni las ventajas que al hombre proporciona la civilización cristiana. Si esto concluyó con el triunfo de las armas, queda ahora la obra colosal, en la que no sólo el supremo Gobierno debe tomar parte, sino también la sociedad ilustrada; el pueblo chileno en general debe prestar su contingente á fin de que cuanto antes la raza araucana se civilice.

Para que esta obra grandiosa pueda convertirse en realidad, convendría sobremanera que se hiciera el empadronamiento general de los araucanos. Existe una confusión lamentable en los hogares de estos infelices.

A consecuencia del infame y repugnante vicio de la poligamia, en que han vivido y viven actualmente, los padres no siempre conocen á sus hijos, ni éstos los reconocen como á tales; no los respetan ni obedecen.

Por este mismo vergonzoso crimen, tolerado y aun reconocido virtualmente por el Gobierno y la sociedad, se multiplican los desórdenes y crecen como mar impetuoso las pasiones corrompidas.

Los males que la poligamia ha causado y causa entre los araucanos son incalculables. Desoyen la voz del misionero; corrompen la niñez; se aumenta la pobreza; no pueden legitimar sus hijos; no pueden bautizarse ni casarse católica ni civilmente; impiden con este horro-

zan, se pierden, porque la Religión católica, que es invariable en su fe y en su moral, no puede autorizar la poligamia, que repugna y detesta el buen sentido, la sociedad cristiana y todos los pueblos civilizados del mundo.

En las correrías misionales que damos anualmente, tenemos oportunidad de presenciar los males que vengo enumerando. Sucede de ordinario que los mismos padres infieles entregan varias mujeres á sus hijos que, mediante nuestros esfuerzos, habíamos bautizado y educado en las escuelas misionales. Todavía la mujer araucana es injuriada, vilipendiada y está sujeta á un precio determinado. No se crea que exagero, no; lo que acabo de decir, acontece de ordinario casi en todas las Reducciones que no han recibido el santo bautismo.

Aun en medio de tantas dificultades que tiene que vencer el soldado de Cristo, con la gracia de Dios ayudados y protegidos, hemos bautizado en el año 1896 á 1,613 indígenas; muchos de ellos eran adultos. Administramos la confirmación á 872 indígenas. Recibieron el sacramento del matrimonio 215 de los mismos. Además, hemos bautizado 984 niños españoles chilenos y 126 matrimonios.

En los meses de primavera y verano recorreremos el



territorio misional, predicando la palabra de Dios á indios y españoles.

Los bienes que se hacen con esta práctica establecida en las Misiones, son muy grandes.

Si contáramos con recursos pecuniarios, fundaríamos nuevas estaciones misionales. Hay pueblos, cuya población pasa de 2,000 almas, en que no tiene el sacerdote donde celebrar la Misa, donde el católico pueda cumplir con las obligaciones que la Religión le impone. Los pueblos de Sauces, Purén, Quidico, Galbarino y otros más, no tienen ni una miserable capilla para celebrar los divinos Oficios, cuando por obligación tenemos que visitar esos lugares. Muchas veces, expuesto al calor del verano y á las lluvias del invierno, en pleno campo, tenemos que celebrar el santo sacrificio de la Misa.

Con las pequeñas é insignificantes limosnas que nos proporciona la caridad y con el escaso sínodo de 30 pesos mensuales que el Gobierno asigna á cada misionero, sostenemos escuelas misionales, pagando á los preceptores y dando alimento y vestido anual á los niños indígenas que asilamos en las casas misionales, durante el año escolar. Con gran sentimiento nuestro,

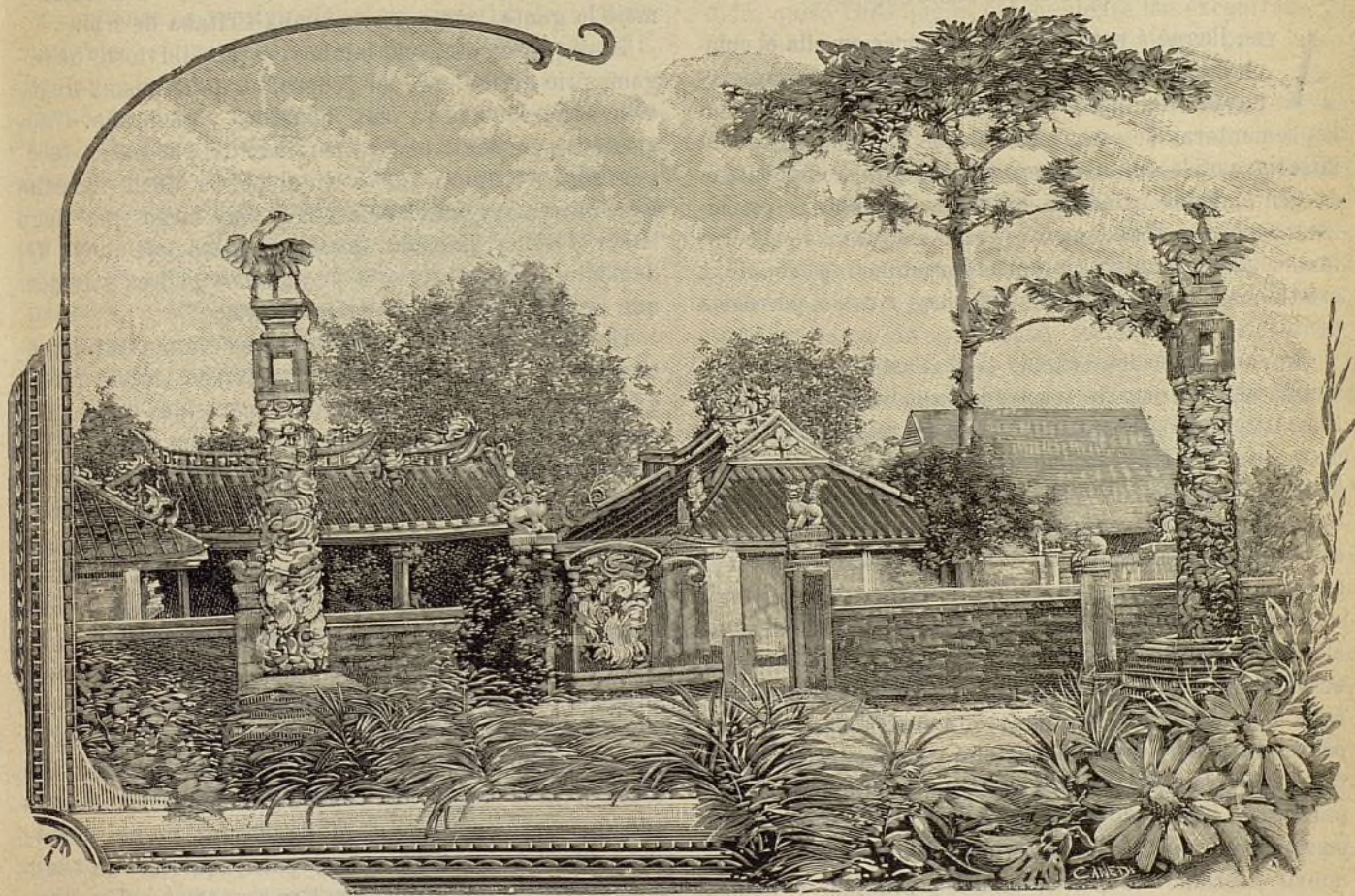
el colegio de Santa Ana, regentado por las Hermanas Terciarias, misioneras franciscanas de Angol.

Este colegio está servido por dieciocho Religiosas. El fin de su Instituto consiste en educar niñas indígenas y, si las circunstancias lo permiten, asilar niñas huérfanas españolas, librándolas del peligro que en el mundo pudieran encontrar.

Con una caridad que asombra, estas Religiosas vigilan día y noche á las pobres niñas araucanas. Procuran infundirles las ciencias, las artes y los oficios domésticos que la mujer no debe ignorar. Cuando han recibido una educación conveniente, vuelven al hogar paterno, llevando formado su corazón en el temor de Dios, y suficientemente preparadas para formar un hogar feliz.

En el año 1896 tuvieron en su colegio 85 alumnas indígenas internas, proporcionándoles asilo, vestido y alimento durante el año. En la sección de niñas pudientes, tuvieron 69 alumnas, entre pupilas, medio pupilas y externas. La educación que reciben éstas es completa. Cursan ramos de instrucción superior, en la misma forma que se hace en los colegios superiores del Estado.

Conociendo el supremo Gobierno los grandes servi-



COCHINCHINA.—Pagoda anamita de Phin-Trung (Binh-Dinh). (Pág. 376)

muchas veces no podemos recibir niños araucanos porque no tenemos como alimentarlos ni cubrir su desnudez.

No obstante, en el año 1896 tuvimos como alumnos de nuestras escuelas á 78 indígenas y á 687 niños españoles. Mayor número de alumnos habríamos tenido, si contáramos con alguna subvención dada por el supremo Gobierno.

En el número de alumnos que dejo anotado, no entra

cios que prestan á la educación de la mujer araucana, les ha concedido 3,000 pesos anuales, cantidad relativamente pequeña, si tomamos en cuenta los gastos anuales de tan crecido número de alumnas indígenas que tienen que vestir y alimentar en todo el año. Pido á V. S. les aumente esa subvención á 5,000 pesos.

Todo lo que llevo dicho hasta aquí, señor Ministro, está demostrando la necesidad que los indígenas tienen



de una instrucción sólida y moral, costeada por el Estado; porque sólo él puede emprender esta clase de obras que demandan vigilancia, dinero y responsabilidad. Ofrecemos á V. S. nuestra incondicional cooperación, para que nuestros queridos indios reciban cristiana educación.

En cuanto al estado material de nuestras Misiones, poco más se ha trabajado desde el año anterior.

Esta prefectura recibió el año 1895 la cantidad de 4,400 pesos que el supremo Gobierno la distribuyó en la forma siguiente: 2,000 para la nueva fundación de Carahue, 600 á la Misión de Nueva-Imperial, y 1,000 para refaccionar el vetusto edificio que ocupa la escuela de indígenas en esta Misión.

Todos los edificios misionales están inconclusos: para que la acción del tiempo no los destruya, necesito la protección del supremo Gobierno.

### DÁVAO (Filipinas)

*Prosigue la frustrada expedición al Agusan por el río Hijo*

El R. P. Juan Llopart, de la Compañía, escribe desde Luzón (Misión de Sigáboy), á su reverendo Padre Superior:

**A**YER llegué á esta visita para hacer en ella el cumplimiento pascual. Las abundantes y prolongadas lluvias del mes de Enero y Febrero perdieron las sementeras de estas gentes, que han quedado en la miseria, por lo que al llegar aquí apenas he encontrado gente, todos están en busca de la vida, el pueblo está bastante abandonado; pienso estarme aquí como una semana para ver si puedo reanimar y reunir á cristianos é infieles, que todavía hay muchos por estos contornos.

En mis anteriores cartas al P. Pastells le iba refiriendo algo de nuestra frustrada expedición de Sigáboy á Matti y al río Hijo, é interrumpí mi relación al llegar de la boca del Hijo, prometiendo continuarla otro día, si Dios no disponía otra cosa; y á la verdad lo dispuso mandándome una pequeña indisposición de la que ya estoy del todo restablecido á Dios gracias. Voy, pues, á continuar mi narración.

Llegados que fueron los dos Padres expedicionarios el día 17 de Enero á la boca del río Hijo, y fondeados en su parao en la ranchería mora de dentro del río, no lejos de la barra, cuando el sol iba acercándose ya á su ocaso, nos alojamos en el tribunal y permanecemos hasta el día 19 á las ocho de la mañana, que dejado allí el parao con su tripulación, para que se fuera á Dávao, en dos pequeñas bancas, con cuatro moros prácticos, un nuevo cristiano de Dávao también práctico y demás gentes que nos acompañaban, salimos río arriba.

Llamó nuestra atención la destreza con que los moros gobernaban las bancas y las hacían deslizar contra la corriente, que no es nada mansa. Andaban provistos de tocones ó largos palos que les servían para empujar la banca, apoyándoles en el fondo de las aguas, pasando de un lado á otro del río buscando la corriente más suave, ó menos fondo de agua; mas al llegar á la orilla con poco fondo, que les permitiera andar por el agua á pie, saltaban con suma ligereza á ella, y colocados uno á la proa y otro á la popa, andaban ambos por la mis-

ma orilla gobernaban y hacían andar la banca admirablemente.

Hermoso aspecto á la vista presentan en un principio las márgenes de este río con su asombrosa vegetación, algunas sementeras de moros á una y otra parte con sus casitas de nipa, como atalayas para espiar desde ellas quién sube ó baja por la vía fluvial, inmensa llanura á la izquierda subiendo, regular á la derecha, con montes más que medianamente altos á lo lejos en donde viven los taragos, terror y espanto de la gente playera, por ser, según fama, muy sanginarios y hacer sus excursiones, hoy á una parte, mañana á otra, para matar, robar y cautivar. Es costumbre, entre estos principales asesinos ó baganis, comerse algunos bocados del corazón de su víctima todavía palpitando, cuando ésta le había hecho alguna resistencia ó había sido enemigo suyo.

Hasta Pigayagan anduvimos aquel día, en donde fondeamos á las cinco de la tarde, y pasamos la noche dentro de la banquita, y la demás gente sobre la arena del lado del río. La dirección del río hasta aquí es de SE. á NO. Por los lados del mismo todavía se ven algunas casitas y sementeras. La noche fué lluviosa y mojó la gente, que por la mañana tiritaba de frío.

El día siguiente, que también siguió lluvioso, navegamos río arriba, que en general sigue la misma dirección; el terreno es ya más montuoso y quebrado. Unos grandes peñones á uno y otro lado del río hacen recoger algún tanto el cauce. En el peñón de la derecha hay, dicen, una cueva estrecha y muy larga que llega hasta Jumlug, llamada *longag nga asoang*, cueva del demonio, por ser creencia de aquellos pobres salvajes, que tiene su morada el diablo en ella.

En los bosques de estas riberas se crían naturalmente unos grandes árboles llamados *dulian*, cuyas frutas grandes como un melón son muy apetecidas de los indios, que se las comen con extraordinario gusto. Tienen su superficie llena de *punzas*, que las defienden de ser pasto de los monos y otros animales. Al abrirlas despiden un olor tan fuerte que ofende el olfato del que no está acostumbrado á ello; su cáscara es bastante dura, de manera que aunque las hagan caer de lo alto de sus ramas con largos palos, como hacen los del país, no se abren al dar contra el suelo. Dentro tienen muchas pepitas envueltas en una carne muy blanda, que es la que se come cruda y también cocida. También se comen las pepitas hervidas, ó cocidas al rescoldo. De todas estas maneras las probamos los mismos Padres expedicionarios, por ventura alguna vez, no por simple curiosidad de probarlas, sino para aquietar un tanto las exigencias del estómago. Era en esta ocasión tiempo de cosecha, y por esto de vez en cuando se encontraban que bajaban por el río balsas cargadas de dichas frutas.

Al quinto día de la mañana llegamos al río Maoap, que tributa sus abundantes aguas al Hijo.

No pudimos entrar por él con las bancas como deseábamos, á causa de los muchos troncos que sus fuertes avenidas dejaron en el cauce, interceptando el paso.

Exceptuando el trecho de la primera jornada, en que, como he dicho, se ven algunas casas y sementeras á los lados del río, en lo restante del viaje apenas se ve



casa ni sementera alguna cerca del río, aunque moran no pocos mandayas apartados, sobre todo en Tagaó en Magalanguit, en Pindapan y Sagot. En este último lugar celebramos Misa los dos Padres el día 22 por ser domingo, en un altar que levantaron al mismo lado del río, y entre tanto llegaron algunos mandayas de aquellos contornos, á quienes habían ido á avisar los moros prácticos la víspera anterior, y nos trajeron un poquito de arroz y gabe, que les pagamos con ropas, alambre y otros géneros.

La causa de vivir los mandayas ó mansacas de estas vertientes del Hijo, algo separados de la hermosa vía fluvial, no es otra que la de évitár en algo las exigencias de los moros que les cobran su tributo, ó pagdato, como dicen ellos, y á cuyo dato, que en la actualidad lo es el anciano Nonong y á quien encontramos en Pindapan con muchas bancas y gente cobrando su contribución en palay y cera, reconocen como soberano.

Dejamos, pues, ya el Hijo, media hora más arriba del Maoap, que si bien ya desde su misma boca en el seno de Dávao tiene una pendiente más que regular y su dirección general hasta aquí es de SE. á NO., como he dicho antes, en este lugar desvíase hacia el NE. y su corriente es precipitada. Según referían los mismos naturales, sigue el Hijo esta misma dirección de NE. hasta su origen, faldeando los montes por la parte Norte en donde nacen los ríos Lapinigan, Quinquín, Lagi, Matiao y Samolog, llegando, según aseguran, no lejos de Cuabo. Creo que no debería ser muy largo el camino desde Matti al origen del mismo que está en el monte llamado Tandaoan, que significa lugar de buena vista. De este punto, en donde vive mucho mandaya, parece que arrancan como radios de su centro los montes y ríos Agusan, el Caraga, el Mayo y el Hijo. Dista dicho centro, según noticias, solo tres jornadas de Compostela.

Y puesto que hemos subido con el pensamiento hasta lo más alto del Hijo, volvamos atrás por el mismo con veloz carrera hasta encontrar de nuevo el ya nombrado río Maoap.

Dejadas las dos bancas en este sitio, nos internamos en la selva, mientras el cielo nos iba regalando suave lluvia. Vadeamos, con agua hasta la cintura, los ríos Galinan y Caparili, y á las nueve y media los dos Padres pasamos el Gamaoan, por encima de un tronco que estaba atravesado de una á otra orilla. El P. Úrios pasó por el tronco el primero, medio á gatas, por no perder el equilibrio. Pasado ya á la otra parte el Padre Úrios, se quitó los zapatos el P. Llopart, y pasó por el mismo tronco de pie. Siguió luego mi muchacho para seguir los demás, mas al estar éste en medio se rompió el tronco, y tronco y muchacho se vinieron abajo, aunque sin recibir daño alguno.

En el mismo lado de este río había tres casitas de mansacas, gente cimarrona por no estar acostumbrada á ver otra gente que la de sus selvas. Estas casitas, como casi todas las de estas gentes, están colocadas en las copas de los árboles, y se sube á ellas por medio de una escalera formada de un solo tronco, en el que han cavado, alternadas á uno y otro lado del mismo algunas muescas. En una de estas casas nos alojamos con la gente. Era el día 23 de Enero, y allí nos vimos obliga-

dos á permanecer hasta el día 28, en que las muy copiosas lluvias cesaron y los desbordados ríos bajaron: no era posible, sobre todo durante los tres primeros días, bajar de aquel nido de lo alto del árbol en donde vivíamos; ni de día ni de noche cesaba de caer á torrentes el agua: el río Gamaoan saliendo de madre había invadido los bajos de la casa y sus alrededores: para salir de casa en busca de algo para comer era necesario tomar un baño más que regular. La poca provisión que llevamos se acabó del todo: vino, pan ó galleta no había: aceite, manteca, sal, café, chocolate, en fin, todo lo más usado de que no acostumbran carecer ni los más pobres en los poblados, faltó en aquel desierto. Tres días pudimos, con todo, celebrar el santo Sacrificio encima de aquella como tribuna del gran templo del universo.

Aunque el día 27 cesó algún tanto la lluvia, llovía con todo muy fuerte á intervalos, y los ríos no menguaban su crecida avenida, por lo que y también por constarnos que habíamos de pasar antes de llegar al Agusan por terrenos pantanosos que nos sería imposible vadear después de tanta lluvia, determinamos volver á Dávao, y para que la determinación fuese más decidida, quiso Dios que el día siguiente me encontrase yo algo indispuerto con amagos de calentura, gran quebrantamiento de huesos y completa desgana.

Habiendo, pues, despejado un poco el cielo, cesado la lluvia y bajado considerablemente la avenida de los ríos, á las seis y media de la mañana del día 28, dejado aquel alto nido en donde moramos cinco días, repasamos de vuelta los ríos Gamaon, Galinan y Caparile, que aunque habían menguado sus aguas, éstas todavía no escaseaban y era necesaria, aun escogiendo el paso, bañarse hasta los pechos para vadearlos.

Llegados otra vez al precipitado Hijo, y vencidas algunas dificultades que para el paso de las bancas ofrecían algunos corpulentos árboles atravesados en la corriente, nos embarcamos en la banca que los prácticos habían dejado allí para la vuelta, y los demás en otra banquita de aquellos ribereños. Entregadas las pequeñas bancas á la precipitada corriente, y guiadas por los prácticos moros, anduvimos con tanta velocidad que á las siete y media horas de habernos puesto en movimiento llegamos ya de regreso á la ranchería mora de cerca de la desembocadura, en donde pernoctamos alojados en su tribunal.

El siguiente día, que era domingo, el P. Úrios dijo Misa en un altar improvisado; yo me encontraba algo peor y no pude celebrar. A las once en dos bancas seguimos para Dávao, á donde llegamos el día siguiente.

## OCEANÍA

### *Misión de Nuestra Señora del Sagrado Corazón*

El P. Victor de Rijke, misionero del Sagrado Corazón, escribe á su hermano, misionero de Scheut:

**M**i querido hermano: Te escribo con lápiz, por la sencilla razón de que no tengo tinta: de esta suerte puedo excusar también mi mala escritura.

Cuando te halles en tu puesto en la Misión, podrá acontecer también tener que colocar sobre las rodillas



una tabla ó cosa análoga para que te sirva de pupitre. Pero me preguntarás con impaciencia: ¿Cómo es que tan de repente te hallas en medio de los salvajes? Hacía mucho tiempo que el Ilmo. Navarre deseaba evangelizar un nuevo distrito, denominado Pokao, donde los indígenas parecían bien dispuestos, pero la falta de misioneros se lo había impedido. El Ilmo. Verjus había prometido un misionero, y él mismo había plantado allí una bandera, que los habitantes del pueblo más grande, Banaomal, tenían á mucha honra defender. Entre tanto un ministro protestante se constituyó en el distrito, se hizo construir una caseta y se dispuso á enseñar á los kanakos, pero después de algún tiempo hubo de renunciar á su tarea y abandonar el país. Se estaba

cual era indispensable en un país donde los kanakos hambrientos no se toman el trabajo de labrar la tierra, ni aún de ir de caza: son perezosos, y el hambre es la pena de su indolencia. Por tanto el misionero no puede descuidar las provisiones, atendido que el país tampoco se presta para que sea posible adquirir víveres. Hay además el inconveniente de que las conservas con frecuencia se alteren, y es forzoso llevarlas á través de los bosques y pantanos: sobre todo se necesita dar constantemente gritos á los portadores para que no se descuiden y caigan los paquetes en el agua ó en el cieno, llegando el arroz fermentado y la harina convertida en pasta.

El 28 de Enero partimos de Jule-Island para decir



COCHINCHINA.—Torres Khmers, cerca de Binh-Dinh. (Pág. 376)

ya en el caso de no hacer esperar más á un pueblo que confiaba en la promesa del Ilmo. Verjus, y que hasta se había obstinado en no querer recibir como misionero sino á un enviado de aquél.

Hacía mucho tiempo que la bandera estaba rota por el viento, pero su significación continuaba grabada profundamente en la memoria de los kanakos; cuando no hace mucho supimos por buen conducto que los protestantes trataban de mandar allí un nuevo pastor. Este incidente decidió al Ilmo. Navarre, quien me mandó al distrito de Pokao, en lugar de hacerlo á Mekeo.

El P. Julián, el P. Luís y yo procedimos á verificar una exploración á lo largo de la costa de Jule-Island hasta Port Moresby.

Ocupámonos precipitadamente de las provisiones, lo

al Ilmo. Navarre cómo habíamos sido recibidos en el nuevo pueblo. El H. Simón tenía que ejercer las funciones de cocinero durante algunos días que deberíamos pasar en la casa de viajeros, antes de trabar conocimiento con nuestros salvajes. Nuestra batería de cocina se reducía á algunas cestas y trinchantes, con dos sartenes para preparar el arroz.

Nos acompañaban cuatro marineros que debían hacernos pasar la bahía de Hall-Sopund, y llevar además nuestros equipajes hasta el pueblo de Banaomoi. Venía con nosotros un kanako de Orni, del distrito de Pokao, que debía permanecer á mi lado, para enseñarme la lengua de Pokeo, muy diferente de la de Roro. Su nombre es Bio, y habla cuatro ó cinco lenguas usuales á lo largo de la costa.





SAN LUÍS, REY DE FRANCIA, PRISIONERO DE LOS SARRACENOS. (Pág. 383)



Mi docto Bio, apenas llegamos á Halle-Sund, sin decir una palabra huyó á la selva, después de entregar su carga á uno de sus compañeros.

Había que disculparle, pues hallábase influido por un pastor protestante, y ya antes me había confesado sus temores por acompañar á un misionero católico, á un hijo del Papa, como nos llaman.

—No me atrevo; me había dicho: los protestantes puede me hagan pedazos si os acompaño.

Después de dos horas de marcha por entre amenas colinas, llegamos á un profundo barranco. Veinte minutos más lejos se encontraba el pueblo, ó más bien su vega. Nuestros kanakos abrían la marcha para advertir nuestra presencia. El jefe salió á nuestro encuentro, y nos estrechó la mano con efusión, cual si se tratara de antiguos amigos á quienes viera tras larga ausencia. Por todas partes veíamos rostros sonrientes y placenteros, no obstante ser la primera vez que pisábamos aquellos lugares. Nos instalamos en la casa de viajeros: un cobertizo sobre postes, sin muros, y un suelo de bambú, tal era nuestra vivienda: allí habíamos de pasar bien ó mal catorce días. El suelo escabroso no dejaría de acariciarnos las espaldas; mas no importa: cueste lo que cueste, el pueblo será nuestro.

Hasta bien entrada la noche los hombres de Banaomai permanecieron á nuestro lado, sentados en torno de un gran fuego que debía servirnos de hogar. En cuanto á dormir no había que pensar en ello: la casa de viajeros situada en medio del campo y desprovista de muros, permite oír todas las conversaciones, todos los gritos y todas las contiendas.

Al día siguiente, 29 de Enero, el P. Julián se volvió á Jule-Island, con los kanakos que habían llevado nuestros paquetes. Uno de ellos, por nombre Owabio, había pronunciado la tarde anterior un magnífico discurso exhortando á todos á seguir nuestras enseñanzas. Era un buen cristiano, que deseoso, según decía, de enseñar á sus hermanos el camino de la verdad, les habló en estos términos: «Si os sentís débiles por el hambre ó por el temor de los malos espíritus y de los *nepous* (1), las palabras del misionero os harán duros y fuertes.» Desde el siguiente día las mujeres se ocuparon en nivelar el terreno donde los hombres habían de levantar nuestra cabaña: acarrearón también la madera, las hojas y las lianas para atar, porque los clavos son aquí desconocidos.

Hoy los hombres van á la caza del kanguru; todos los que pueden llevar armas se ponen en camino, lanza en mano y siguiéndoles algunos perros: éstos son pequeños, no ladran, sino que dan un melancólico aullido con tanta fuerza y continuación que molestan los oídos no acostumbrados. Nosotros nos hemos ocupado en hacer el recuento de los habitantes; habrá un centenar que viven exclusivamente de la caza del kanguru y del jabalí. Los cazadores volvieron por la tarde, trayendo cada uno dos de aquellos animales, que después de descuartizarlos suspenden de unos trozos de madera, cerca del fuego, para que se ahumen. El agua que nos han traído para beber, en unos jarros de bambú, no es potable: quise saber de dónde provenía, y supe que un

salvaje había ido á buscarla al fondo del valle, en el antiguo cauce de un riachuelo. Nuestro hombre siguió algún tiempo el lecho seco, hasta que llegó á una balsa de agua cenagosa, de un pie de profundidad, donde se bañaban dos muchachos kanakos: de allí tomó el agua, de color chocolate, que durante catorce días nos sirvió para beber y condimentar nuestros alimentos. Por desdicha no había cocos en las cercanías, cuyo líquido hubiera podido beber: tuve que utilizar aquella agua, y como consecuencia sufrí un cólico.

El 30 de Enero algunos hombres empezaron á trabajar la madera para nuestra choza. Como había oído decir que existían algunos otros pueblos en los alrededores, el 31 me puse en camino con tres jóvenes que me acompañaron á Abo, pueblecito de unos veinte habitantes, á dos horas de Banaomai. Cuando llegué, sólo encontré un hombre acostado en una cabaña y cubierto de heridas; y un poco más lejos unas cuantas viejas que al vernos empezaron á gritar desaforadamente. Les respondieron desde el bosque donde estaban los cazadores, y en breve acudieron en tropel todos éstos, quedando sorprendidos al verme en la cabaña del herido; pero después que los jóvenes mis acompañantes los tranquilizaron diciéndoles quién era, me prodigaron apretones de mano.

Ellos no conocían la lengua de Roro, y yo muy poco la de Pokao: por fortuna encontré un kanako de Inawabui, distrito de Mekeo, establecido allí, y el cual sabiendo la lengua de Roro, pudo servirme de intérprete. Me dijeron entonces aquellos pobres salvajes que estaban muy contentos de que un blanco hubiera ido á visitarlos, siendo el primero que había llegado hasta allí. Después me preguntaron qué alimentos, qué animales y qué peces había en mi país, quedando atónitos cuando les hablé de vacas con cuernos, y diez veces más grandes que los kangurus y los jabalíes conocidos allí. Fueron también tan curiosos que quisieron mirar con mis anteojos, y sobre todo examinar mi reloj. Su sonido les sorprendió sobremanera.

—¡Qué animal, exclamaban, podrá haber aquí dentro!

Como observé dentro de las chozas algunas cabezas de cocodrilos, me dijeron que acostumbraban á darles caza y á comerlos, así como también á una especie de boa que se encuentra en el país y cuya carne aprecian mucho.

Antes de volverme á Banaomai les distribuí un poco de tabaco. Mis deseos eran incorporar aquel pueblo á mi Misión. El domingo, 2 de Febrero, visité con fray Simón y tres kanakos otro pueblecito denominado Bokamo. Tardamos en llegar tres horas y media; el último tercio del camino fué penosísimo, porque hubimos de subir colinas muy escarpadas. No nos detuvimos largo tiempo en Bokamo, porque había muy pocos salvajes. Hablé con el jefe, á quien regalé un pantalón amarillo con flores encarnadas, lo que le contentó de tal suerte, que bailó de alegría, mostrándolo á todos.

Mis deseos son convertir á nuestra santa fe católica todos estos desgraciados, así como á los de Fubu, otro pueblecito que se levanta sobre una colina, á quince minutos de nuestra residencia. Ninguno de estos salvajes ha tenido hasta ahora relaciones con blancos, ni protestantes, ni católicos; lo que hace confiar sean más fruc-

(1) Nepou, palabra que significa hechicero.



tíferos nuestros trabajos. La gran dificultad estriba en tener que transportar á través de estas selvas espesas y de estas escarpadas colinas las provisiones necesarias en hombros de los salvajes, que se resisten al trabajo, y cuya pereza importa combatir, pues el misionero tiene necesidad de auxiliares para proporcionarse víveres que han de venir de muy lejos, de la estación principal. Por la tarde regresamos á Banaomai. En los días siguientes no pude hacer excursiones por no consentirlo el estado de mis piés. El 5 de Febrero tuve el consuelo de recibir la visita del Padre Superior, el P. Guix y cuatro salvajes de Jule-Island, que vinieron á aumentar mis provisiones. Pero sobre todo agradecí me trajeran un sagrario, que nos ponía en posesión del mejor de los amigos, del que hacía tiempo carecíamos. Probablemente no sabrás que en Nueva Guinea no es posible llevar con nosotros al Santísimo Sacramento, como acontecía entre los primeros cristianos; sucediendo con frecuencia hallarnos privados de la sagrada Comunión y de la presencia real de Jesucristo, cuando más necesidad tenemos de su asistencia y de su gracia. El Hermano Edmundo vino también entre los visitantes, y al marcharse el Padre Superior, le dejó en lugar del Hermano Simón, que volvió á Jule-Island.

El jefe Poe-Aika, para honrar la visita del Padre Superior, mató y nos regaló un cerdo: aquél le dió tabaco y una concha de nácar, que los salvajes estiman mucho. Ellos dan á estas conchas forma de cruz y las llevan colgadas en el pecho.

Tal es, querido hermano, mi vida entre los salvajes, á los que quiero mucho, procurando adquirir su confianza por todos los medios, para una vez ganado su corazón, enseñarles las verdades de la fe. Pronto espero saber su lengua; ya me voy haciendo comprender. Ruega por mí: aunque estoy solo, el Señor cuidará de mandar nuevos operarios para poder continuar esta obra tan importante. En este momento mis salvajes terminan nuestra casa de ramas: es, como todas, un techo sin muros, donde pueden entrar libremente los cerdos y los perros. Pero tanto el H. Edmundo como yo somos dichosos; y si alguna vez nos entristecemos, podemos ir á buscar consuelo á los pies de Nuestro Señor, que habita con nosotros bajo el mismo techo. Esta dicha del misionero confío la disfrutarás también en el Congo.

De esta suerte comenzamos nosotros el trabajo de la evangelización de este país, en la pobreza y en las privaciones; pero sufriendo por Jesús, con El y por El esperamos ganar almas para el cielo. Nada tenemos, pero confiamos en el socorro de Dios, y en las oraciones y limosnas de las almas devotas que en Europa toman parte en los trabajos y sufrimientos de los misioneros, como también en sus méritos, socorriendo sus necesidades.

Ya debo terminar: más adelante volveré á escribirte. Adiós, querido José; persevera con valor en tus estudios, ruega mucho y hazte un buen misionero; así lo suplico diariamente á Dios nuestro Señor. Acuérdate también de mí en tus oraciones y de mis salvajes. Ruégote des á conocer esta carta á nuestros buenos padres y hermanos.

## LOS CHAMES Y SUS SUPERSTICIONES

POR EL R. P. DAMIÁN GRANGEÓN, MISIONERO EN COCHINCHINA ORIENTAL

### I.—Estado material y político (continuación)

#### SU PASADO

ANTES de desaparecer de la escena del mundo, los chames nos legaron testimonios elocuentes de su antigua civilización. Son los restos, hoy día muy deteriorados, de sus torres y de las estatuas que contienen, de sus canales de riego, y de sus capitales sucesivas.

#### Las torres

Se las ve de muy lejos, casi siempre en un collado dominando la llanura, á veces aislados, pero frecuentemente en grupos de tres, y también de dos, aunque esto muy rara vez: las más elevadas apenas exceden de quince metros, por ocho ó diez de lado. Todas son cuadradas ó por lo menos rectangulares. Una cornisa de varios cuerpos, en suave saliente, señala el nacimiento de lo que, en nuestra arquitectura religiosa, llamaríamos la flecha, si bien aquí es siempre cuadrangular, y que sus aristas, en lugar de ser rectas, están encorvadas en ojivas muy agudas, terminando en un centro común. Un monolito esculpido corona el remate. Aumentan el efecto decorativo algunas torrecillas colocadas en los ángulos. Nichos con estatuas variadas cortan agradablemente la cornisa á guisa de frontón. Las molduras son poco salientes y asaz uniformes; pero su delicadeza y perfecta regularidad denotan seguridad y paciencia en el cincel, y prueban que no fueron trabajadas hasta que estuvo concluído el monumento. Los ladrillos de tierra roja, finamente pulverizada, son cuadrados á veces, pero por lo común rectangulares. Miden unos treinta centímetros de largo, por quince de ancho y siete de espesor. Es de creer que, secados primero al sol, fueron cocidos allí mismo en una ó varias veces, en un inmenso horno con que rodearían la torre, tanto interior como exteriormente. Los que se hallan en los muros, de dos metros de espesor por término medio, son menos duros que los de las paredes. Por otra parte, á pesar de estar juxtapuestos sin cimiento, no presentan señal alguna de disgregación, lo que no hubiera sido posible á ser cocidos al horno antes de emplearlos.

Estas torres no tienen generalmente más que una sola puerta, alguna vez dos, y nunca tres, siendo tales aberturas angostas y bajas. Las piedras exteriores están bien talladas, y con frecuencia presentan artísticas labores al cincel, á pesar de ser de granito muy duró. Su interior carece absolutamente de ornamentación. Parece una ancha chimenea áspera y sin salida. La obscuridad que allí reina, á causa de la ausencia de ventanas, contribuye á que el visitante experimente la sensación penosa de una cueva funeraria ó de un antro de hechicero. Estaba bien escogido para templo del diablo, enemigo siempre de la luz.

Son, en efecto, edificios exclusivamente religiosos, levantados en honor y para el culto de las divinidades nacionales. Una ó varias veces al año, como se hace todavía en Binh-Thuan, el pueblo devoto se reunía



allí para tributar sus homenajes al dios á quien se adoraba especialmente, y entregarse después á los placeres de la mesa. Por esto al pie de la torre principal había y hay todavía un edículo para el fuego sagrado y una mesa para los festines, uno y otra de la misma forma y asimismo de ladrillo.

En suma, estos monumentos no son obra maestra. Como todo lo que ha producido el paganismo en arquitectura religiosa, carecen en absoluto de ideal. Tienen, sin embargo, además de cierta elegancia de detalles, una solidez que ha resistido durante siglos á los ultrajes del tiempo y de los hombres. La albañilería (no puede decirse el arte) anamita nada ha producido que pueda comparársele. La China ha hecho cosas más grandes y bonitas, pero con dificultad tan bellas. Únicamente los khmeres les aventajan mucho, sobre todo por lo gigantesco de las concepciones. Estos productos de dos pueblos hermanos no carecen de analogía.

Las comarcas al presente más ricas en esos preciosos restos, son la llanura de Phan-Rong y la de Binh-Dinh. En esta última se conservan siete grupos asaz bien conservados. (*V. los grabados de las páginas 368 y 372*). Los franceses, ignorando sus nombres, los han bautizado pomposamente con los nombres de Torres de Cobre, de Bronce (*V. el grabado de la página 368*), de Plata, de Oro, de Diamantes, etc., según su distancia del puerto de Qui-Nhon. Los anamitas, menos pródigos, los designan con el nombre de la localidad vecina, salvo sin embargo el grupo más próximo que corona el montículo cercano á la ciudadela, que distinguen con una palabra que no comprenden, pero que revela perfectamente el origen extranjero de estas construcciones: las llaman *Thap Bani* (Torres de los Banis), esto es, de los chames musulmanes.

#### *Los ídolos.*

Los ídolos venerados en esos templos y celdas que adornan los frontones y los ángulos, están cortados en bloques del mismo granito azulado, fino, pero duro, que forma los pilares de las puertas. En general, se destacan solamente en medio relieve. Es absolutamente la forma de las estatuas brahmánicas de la India y de Angkor. El dios ó la diosa (los hay de ambos géneros) se sienta plácidamente á la turca. Cubre su cabeza una especie de mitra ó tiara cilíndrica más ó menos elevada. Cuelgan de sus orejas pesados adornos piriformes, y su cuello, y á veces también sus brazos y piernas, están cargados de collares, brazaletes, aros y otros dijes del mismo género. Cuatro, seis, ocho y aun diez manos le nacen de diferentes partes: dos están puestas sobre las rodillas, y las otras, levantadas ó extendidas de varias maneras, sostienen distintos atributos de su poder. Estas pacientes divinidades descansan solitarias en un ángulo de la torre, sobre una piedra ligeramente hueca con un canalito para salida de las aguas lustrales. Después de cada fiesta cubren su faz con una mascarilla blanca, que sólo quitan al empezar la próxima ceremonia.

El artista trabajó con esmero en su obra. Los rostros especialmente son notables por su finura, aunque sin expresión. Las otras partes carecen de proporciones y con frecuencia de exactitud.

#### *Diques y canales.*

Los chames pretenden haber recibido de uno de sus dioses-reyes el arte de construir diques y abrir canales para el riego de sus arrozales. Sobresalieron, efectivamente, en este género de trabajos. Muchos de los canales todavía existentes, y sobre todo vestigios de empresas por desdicha no terminadas, denotan gran iniciativa y notable conocimiento de la nivelación. Apenas los anamitas han sabido conservar esas creaciones tan útiles.

La falta de pólvora para hacer saltar la piedra, ó de instrumentos para cortarla, explica por que abortaron los ensayos de canalización que habrían fertilizado comarcas enteras. Este abandono asombra cuando se averigua en otras partes que los chames poseían medios para hender y cortar la piedra: testigos los bloques de sus monumentos, y los mucho más voluminosos de la ruta de Qui-Nhon á Binh-Dinh. Estos últimos, en número de doce, están sacados del granito, y no miden menos de cuatro á cinco metros de largo por uno de ancho y setenta centímetros de espesor. Formaban puertas sobre canales hoy cegados. Su presencia, como la de las torres, hace sospechar un brillante pasado que ha desaparecido.

#### *Las capitales de los chames.*

La tradición ha conservado el nombre de las tres capitales sucesivas. La primera, verosíblemente en el Quang-Bing actual, no dejó huella alguna. De la segunda, cerca de Hué, subsisten aún las ruínas. La tercera estaba en Binh-Dinh. Hay que añadir otra en la llanura de Pan-Rang, último refugio de los príncipes chames despojados. Sería difícil determinar su emplazamiento preciso. Los anamitas hablan de otra, que recuerdan poco los chames. Levantábase en Quan-Nam, en la rica llanura de Tra-Kien, á pocos minutos de la cristiandad del mismo nombre, y á unos veinte kilómetros al Sudoeste de la ciudadela anamita actual, que lleva el nombre de la provincia.

¿Eran éstas, capitales propiamente dichas, ó simples cabezas de provincia? Las dimensiones y la importancia de las ruínas hacen el primer aserto mucho más verosímil, sin que sea posible dar pruebas más concluyentes.

Algunos pormenores acerca los restos mejor conservados de la capital de los binh-dinhs, darán idea de cada una de las otras.

Bal-Angüe (nombre cham) distaba cuatro leguas del puerto de Qui-Nhon, al Noroeste, casi en el centro de la fértil y vasta llanura del Tam-Shuc. En la época de su fundación debía ser puerto marítimo, y al principio de este siglo era aún abordable por la vía fluvial. Sus fortificaciones están bastante bien conservadas. Parecen de piedra ferruginosa, sostenida por un espeso revestimiento de ladrillos. Su cerco rectangular medía de ocho á diez kilómetros por una altura media de cinco metros. En el centro, en un montecillo peñoso, se levanta todavía una elegante torre muy deteriorada. Algo hacia el Sudoeste, en una meseta poco elevada, estaba el palacio real, rectángulo soberbio de trescientos metros de largo por ciento cincuenta de ancho. De-





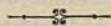
CARTAGO.—Sarcófago púnico. (Pág. 378)

lante de la fachada Sur, donde había la entrada principal, á distancia de veinte metros, se hacen frente dos elefantes en piedra de un solo bloque, casi de tamaño natural, enjaezado el uno, y el otro en libertad. Estas vastas proporciones y restos tan grandiosos atestiguan un poder respetado y una civilización material bastante adelantada.

## CARTAGO

### NECRÓPOLIS PÚNICA DE LA COLINA DE SAN LUÍS

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL



#### VIII.—Excavaciones practicadas en 1892 y 1893

(Continuación)

##### 3.º Cisternas romanas

**D**ETRÁS de la pared que forma el fondo de la casa bizantina y parece de época romana, se advirtieron á una altura superior de cuatro á cinco metros las aberturas de varias cisternas. Una de éstas estaba muy cerca del muro en cuestión; á fin de poder comunicar directamente desde la casa bizantina á la calzada superior, practicóse una brecha y se labró en el suelo una escalera.

El espesor de tierra que había de atravesarse no excedía de un metro sesenta y cinco centímetros. Detrás del muro encontróse la tierra amarilla mezclada con huesos humanos y restos de vasijas fúnebres, con monedas cartaginesas y vestigios de carbón. Nos encontrá-

bamos nuevamente en el suelo de la necrópolis. Al llegar al muro de la primera cisterna, hallóse pegada á la obra de albañilería romana una moneda que parece colocó expresamente el operario y que nos revela su fecha. Esta moneda es del emperador Tiberio, y fué acuñada en Utica, bajo el duumvirato de *Lucius Cæcilius Pius*. Así puede atribuírse esta cisterna al primer siglo de nuestra era.

Más arriba descubrióse un ángulo de gruesa construcción, cuya cara Sudoeste conserva en parte la forma de ábside. Empero estos restos parecían pertenecer al siglo V.

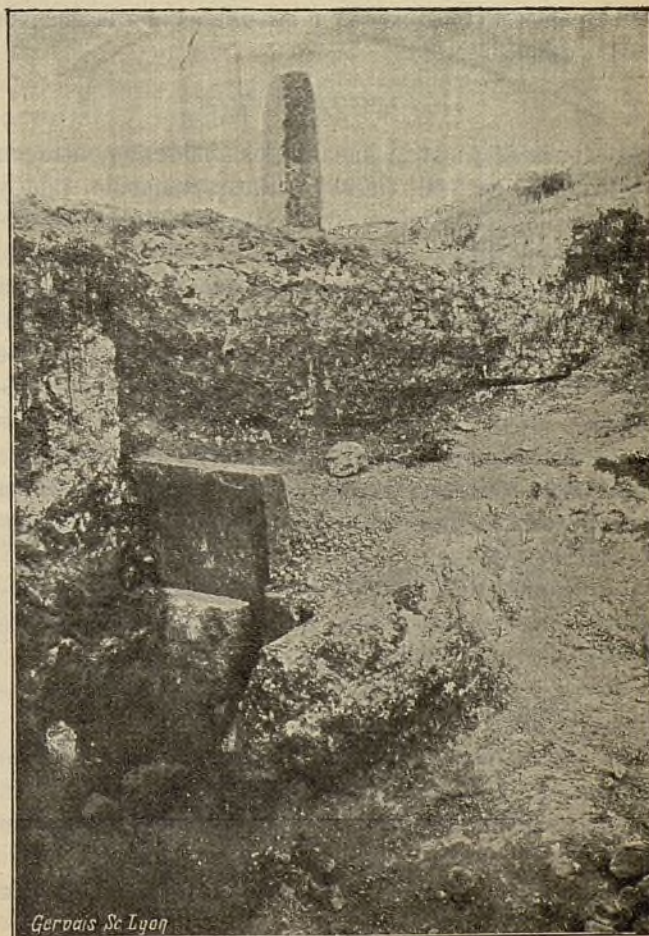
##### 4.º La calle romana

Esta calle, de la que se conserva todavía parte del empedrado, mide cinco metros de ancho. Las losas de la calzada son de forma cuadrangular, y están colocadas oblicuamente. Esta vía subía en rampa desde la ciudad baja, y dando vuelta á la izquierda, ladeaba el muro de fortificación.

##### 5.º El muro de Teodosio

Detrás de la casa bizantina el suelo de las antiguas construcciones se levanta súbitamente de cuatro á cinco metros.

Después de pasar sobre las cisternas y cruzar la vía romana, esto es, á quince metros setenta y cinco centímetros del muro de contención contra el cual está adosada la casa bizantina, descúbrese un muro de fortificación del que se han reconocido unos ochenta metros de longitud. Tiene de ancho cuatro metros veinticinco



CARTAGO.—Tumba púnica cerrada. (Pág. 378)



centímetros, y en algunos sitios unos cuatro metros y medio.

Esta muralla, que descansa en el suelo arcilloso, primitivo y lleno de tumbas cartaginesas, ciertamente no es púnica. Parécenos debe ser la construida en 424 por Teodosio II, y reparada por Belisario en tiempo del emperador Justiniano.

#### 6.ª Serie de ábsides

A cosa de tres metros detrás de dicha muralla las excavaciones han permitido descubrir una prolongada sucesión de ábsides perteneciendo á una serie de salas contiguas, cuyos muros paralelos han sido enteramente destruidos. Estos ábsides, que evidentemente son de época romana, debían rodear parte de la colina, pues hemos descubierto otros semejantes en el ángulo Sur de la misma. Están apoyados contra una especie de muro enorme formado con grandes ánforas romanas llenas de tierra y colocadas en apretadas hileras en el suelo. Hay hasta ocho hileras superpuestas en una longitud de unos cincuenta metros. Esta construcción original es seguramente de época romana, puesto que en el cuello de muchas de las ánforas se lee con tinta roja ó negra la edad del vino que contuvieron, y las fechas se reparten entre los años 43 y 15 antes de nuestra era (1).

Estos ábsides bien pudieran ser restos de los edificios dedicados á todas las deidades del Paganismo y que, según un testigo ocular del año 399 de nuestra era, rodeaban como un baluarte el vasto templo de Juno Celeste.

Ciertos sabios prefieren ver en ellos simples contrafuertes destinados á sostener las tierras de la meseta de la colina.

#### 7.ª La necrópolis púnica

Después de pasar la línea de los ábsides se entra en pleno suelo natural, tierra arcillosa, amarilla, roja y á veces blanca ó verdosa, donde se encuentran las sepulturas púnicas.

La mayor parte de las tumbas que se ven hoy día fueron halladas en investigaciones precedentes. Ya hemos referido su descubrimiento y mobiliario. Réstame dar á conocer ahora las sepulturas recientemente halladas.

Hacia tiempo me llamaba la atención una especie de obelisco de toba que, según mis previsiones, indicaba la existencia de una tumba más ó menos profundamente oculta en el suelo.

La primera excavación fué interrumpida por un espeso bloque romano, debajo del cual no era prudente trabajar, y que no cedía á la acción del pico.

Cierto día, no obstante, sin emplear la dinamita pudimos remover este obstáculo.

La lápida funeraria fué desprendida, y se la pudo colocar en un grueso muro cerca del sitio que había ocupado, donde aun está hoy día, según puede verse en el grabado de la pág. 377.

Aunque incompleto, este obelisco pequeño mide en su

estado actual un metro cuarenta y cinco centímetros de altura. Es un tronco de pirámide de sección cuadrada, teniendo veintiocho centímetros de lado en el remate, y cincuenta en la base, que es de forma cúbica. Esta parte cúbica estaba destinada á ser enterrada en el suelo, mientras que la parte piramidal formaba el monumento exterior. El remate debía terminar en doble cornisa, como el altar egipcio en gres que se veía en el Museo del Louvre, en París.

Hemos hallado muchos de estos altares púnicos con su remate, y en las tumbas se ven á menudo reproducciones minúsculas de ellos en piedra blanca y blanda, adornadas á veces con dibujos negros y rojos.

Cavando debajo de esta piedra, estela, altar ú obelisco, luego se halló una losa de dieciocho centímetros de grueso, noventa y dos de alto, y un metro cincuenta y dos centímetros de largo, que descansa sobre el primero de los grandes bloques que, en forma de vigas, constituyen ordinariamente en esta clase de sepulturas el plafón de la cámara. Muy luego, apoyada en el primer bloque, hallóse la lápida vertical que cerraba la entrada del hipogeo. Mide dieciocho centímetros de grueso, ochenta y seis de ancho, y un metro sesenta y ocho centímetros de altura.

Con sorpresa vimos detrás de ella una larga ánfora en pie.

De forma cilíndrica, base cónica y sin cuello, estaba provista de dos asas. La presión del suelo la había rajado de arriba abajo, y cuando se la quiso cambiar de sitio cayó en pedazos, esparciendo su depósito. Este se componía, en la parte superior del ánfora, de huesos de un adulto y de un niño, sin vestigios de cremación, y en el fondo, de huesos calcinados de otro niño, acompañados de una pequeña sortija de plata, de un biberón, y de un vaso ennegrecido por la acción del fuego (1).

Abierta la tumba se vió que había sido violada hacía mucho tiempo; y el ánfora revela que fué visitada en la época de los cartagineses.

La cámara, medio llena de tierra, contenía dos sarcófagos. La limpiamos cuidadosamente, y lo primero que recogimos fué el cuello trilobado, con su asa, de una cenochóe griega de bella y brillante tierra negra. Este resto de un magnífico vaso se adaptaba exactamente á un fragmento de vasija hallado al exterior, lo que confirma que había sido visitada, y luego cerrada.

La lista de los otros objetos hallados en esta tumba es como sigue:

- 1.º Una patena.
- 2.º Dos hachitas de bronce.
- 3.º Una armella de bronce.
- 4.º Una redomita de tierra roja.
- 5.º Un casquetito de marfil.
- 6.º Un pedazo de azufre de un amarillo muy vivo.
- 7.º Varios fragmentos de un vaso grande: la parte interna de uno de ellos conserva huellas de un depósito blanquecino formado por la evaporación del líquido que contuvo el vaso.

Esta cámara, desprovista de nichos en el interior, media dos metros veintinueve centímetros de longitud,

(1) Tal es el mobiliario que por lo común encontramos en las sepulturas de niños.

(1) Los nombres de los cónsules que hay en estas ánforas para indicar la edad del vino, pueden servir de precioso comentario á los pasajes de Horacio en que menciona los vinos así fechados.



por uno setenta y cinco de ancho, y uno setenta y tres de alto.

De las diversas cámaras sepulcrales que hemos descubierto en la necrópolis de San Luís, una se presenta por el flanco; otra, en gran parte destruída, ofrece un corte á sesenta centímetros del fondo y muestra sus dos nichos; una tercera se ve por su fachada posterior con los nichos abiertos; las otras ofrecen á las miradas su entrada por la que se puede penetrar en el interior.

Cerca de estas cuevas hay sepulturas de otros géneros. Aquí un sarcófago aislado de más de dos mil años de fecha; allá grandes artesas hechas con gruesas lápidas, formando un término medio entre la simple fosa ó el sarcófago monolito y las cámaras funerarias.

El excursionista ó el arqueólogo que visite nuestras excavaciones puede tener en breves instantes una idea clara y precisa de la forma exterior y de la disposición interior de las tumbas púnicas.

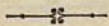
Los esqueletos depositados en las vitrinas del Museo de San Luís y la colección de los mobiliarios funerarios acaban por ponerle al corriente sobre el género de sepultura que se usó en Cartago, que difiere completamente de la tumba judía ó romana.

Al lado de la cueva referida se hallaban muchas otras, pero eran más sencillas, por lo común fosas cerradas con lápidas. En algunas, sin embargo, había objetos interesantes. En otro hallóse un adorno formado de más de doscientos elementos, granos y amuletos.

Entre estos últimos citaré una mano abierta, de marfil;—una cabeza de carnero tallada en una especie de trozo de lava;—dos discos;—dos discos con la media luna, los cuernos hacia abajo, como en las numerosas estelas votivas de Cartago;—dos leones echados, con jeroglíficos;—dos *uraeus*, uno de los cuales conserva todavía el hilo de plata que servía para suspenderlos;—dos cocodrilos;—tres gavilanes;—seis elefantes ó hipopótamos;—seis mariscos naturales;—cuatro conos;—ocho escarabajos, seis de ellos con jeroglíficos;—ocho cilindros;—ocho cabezas de monstruos;—veintiún personajes, tales como Bes, Phtah, Anubis, Osiris, Isis, etc., y por último dos mascarillas rematando en una media luna con los cuernos hacia arriba, como en la cabeza de Isis-Hathor.

Estas mascarillas cornudas recuerdan á Baal-Kornain, que era adorada frente de Cartago en la cumbre del Bu-Kornein, la montaña de dos cuernos, en la cual se han hallado multitud de estelas votivas á Saturno *Balcaranensis*. La ciudad *Astarothcornaim*, citada en el Génesis (xiv, 5), debía también probablemente su nombre á su situación sobre dos colinas ó sobre una montaña de doble cumbre. Quizá en ambos casos, en Palestina y en Africa, la montaña de doble cúspide era adorada por los paganos como personificación de la divinidad.

#### VUELTA DE INGLATERRA A LA IGLESIA CATÓLICA



ENTRE los escasos partidarios del Protestantismo anglicano en toda su pureza reina grande alarma, por el auge cada día mayor de los ritualistas, cuya doctrina sustentan de 10 á 12,000 sacerdotes; los

restantes hasta 20,000 están repartidos en las otras 262 sectas que contribuyen con aquella á la ruína y aniquilamiento de la Iglesia anglicana. Las olas del tiempo destruyen y arrasan las obras de los hombres, pero se detienen respetuosas ante la Iglesia romana, roca inmóvil levantada por el Dios todopoderoso.

La inmensa diferencia que existe entre el Protestantismo alemán y la religión anglicana, se aprecia visitando sus templos. En dos de éstos, y por cierto no de los menos concurridos, en Santa María Magdalena y en San Albano, podría el visitante creerse en un templo católico sin gran esfuerzo de imaginación. Sillas de coro rodean el presbiterio; el altar, cubierto con su paño blanco, sostiene elegantes candelabros, dos de los cuales están encendidos, dejando en medio el Crucifijo; diferencia notable de las iglesias protestantes alemanas, de cuyas cruces no pende casi nunca la imagen del Salvador.

El templo está lleno; *ladies* en la nave de la derecha, *gentlemen* en la de la izquierda; el oficio va á empezar. Los niños y adultos que componen el coro ocupan el presbiterio, uniformados con la sotana y el roquete de nuestros sacristanes; y precedido por dos monaguillos aparece el pastor encargado del oficio. El alba sujeta por un cíngulo, la estola y la casulla de forma gótica, verde aquel día, indican bien á las claras que la liturgia anglicana es una mala imitación de los sagrados y significativos ritos romanos. Después de la Epístola se incienso el altar, y tras el Evangelio el sacerdote sube al púlpito, y su sermón se reduce á una explicación del Evangelio, que suele durar ordinariamente de media hora á cuarenta minutos. Todo el oficio, menos el Evangelio, se oye de rodillas, y al llegar al *Credo* cruzan los fieles sus manos, repitiendo todas las palabras del sacerdote unas veces, otras sólo esto: *Creo en una Santa Iglesia, Católica y Apostólica*. Mas no son los citados los únicos puntos de contacto. Los anglicanos ritualistas se santiguan, comulgan, y en un cartel fijado á la puerta de sus templos se indican los nombres de los que confesarán aquella tarde. El oficio matutino se repite aun los días de labor, generalmente en lengua inglesa, y á ciertas horas del día se rezan Vísperas en determinadas iglesias de Londres; hasta la sotana usada á diario por algunos pastores anglicanos recuerda las de los curas de nuestra España.

Nada tiene, pues, de particular que la prensa conservadora se desate en denuestos contra la «atmósfera de incienso ritualista que todo lo invade,» y contra «los templos á media luz, los altares resplandecientes y las pomposas ceremonias, que tanto se apartan de la doctrina antirromana de los treinta y nueve artículos.» No nos extrañará tampoco el siguiente párrafo, copiado de uno de los periódicos más avanzados: «En ningún país del mundo florece el Catolicismo con mayor libertad que en el Reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda. Todos los días oímos hablar de conversiones referentes á personas de la alta sociedad, y en las clases inferiores es un hecho tan frecuente, que ni siquiera se menciona. Iglesias y conventos vuelven á brotar por todas partes, con el vigor de la mala hierba, en nuestro suelo anglicano. Inglaterra es para el Catolicismo, no el Paraíso, sino el Eldorado.»



Sin embargo, á pesar de estas *buenas palabras*, y según propia confesión de la prensa ortodoxa, la fusión esperada no ha de venir tan pronto como sería de desear; así lo dijo también el cardenal Vaughan en una carta al Arzobispo de Toledo. Debe, no obstante servir de consuelo el saber que, no sólo en las iglesias católicas del continente, sino en las mismas anglicanas se reza constantemente por tan santo y noble fin.

El proyecto de unión ha tomado visos de mayor probabilidad desde que, en la Pascua de Pentecostés del año 1895, dirigió Su Santidad León XIII una Encíclica á la nación inglesa, produciendo allí los resultados que

«La unión es para nosotros, tanto como para los católicos, un deber, y yo no dudo de que el Papa León XIII espera sólo que nos dirijamos hacia él, para tendernos la mano y hacernos más suave el camino.»

Y por último, Gladstone, el estadista inglés del siglo XIX, dice en una carta al cardenal Rampolla que, aun no contándose entre los que tienen fe en la pronta fusión de ambas Iglesias, trabajará por conseguirla, y que abriga y ha abrigado siempre «hacia el primer Obispo de la cristiandad los más profundos sentimientos de veneración, de gratitud y de respeto.»

En el ánimo de todos está, por consiguiente, que el Romano Pontífice, dispuesto á toda clase de sacrificios personales, no *puede*, sin embargo, modificar en nada



ASIA MENOR.—Ruínas de Seleucia. (Pág. 383)

eran de esperar. El mismo Arzobispo de Cantorbery, Primado anglicano, no pudo substraerse á la impresión causada en todos los ánimos. Lord Salisbury, el más aventajado de los discípulos de Beasconfield, no habrá olvidado seguramente las palabras de su maestro:

«Dos poderes constituidos aparecen hoy frente á frente en nuestro planeta: la Iglesia católica y la Masonería. Entre ambas, la elección no puede ser dudosa: hay que reconocer, sin embargo, que la conversión de Inglaterra á la Religión romana sería para ella un grave peligro, dada la base religiosa de su Constitución.»

Lord Halifax, el jefe del partido unionista, después de haber celebrado varias conferencias con Su Santidad, ha dicho en el Congreso de Norwich:

los principios esenciales de la Iglesia católica; porque la verdad no es más que una.

¡Quiera el Dios Omnipotente que vea el Santo Padre realizada una de las más ardientes esperanzas de su privilegiada inteligencia, consagrada por completo al mayor esplendor de la Iglesia de Cristo!

#### UNA CARTA DEL PAPA

Los Obispos, que se reunieron en Roma para las fiestas de la canonización de San Antonio María Zaccaría y San Pedro Fourier, antes de separarse, terminada la augusta solemnidad, para tornar á sus



respectivas diócesis, firmaron un Mensaje á Su Santidad en el que expresaban sus sentimientos de veneración profunda y filial adhesión al Vicario de Cristo y á la persona de León XIII, y juntamente sus anhelos y deseos de que sea pronto un hecho el triunfo de la Iglesia, y de que de él sea testigo el venerable anciano que hoy se sienta en la Cátedra de San Pedro.

Su Santidad se ha dignado contestar al Mensaje en esta forma:

«A NUESTRO VENERABLE HERMANO LUÍS CARDENAL DE LA SANTA ROMANA IGLESIA OREGLIA DI S. STEPHANO, OBISPO DE OSTIA Y VELLETRI, DECANO DEL SACRO COLEGIO.

«LEÓN PAPA XIII.—*Venerable Hermano nuestro, salud y apostólica bendición.*—Con gusto nos comunicamos contigo en las presentes letras, por convenir así á tu dignidad; bien que sea nuestro ánimo dirigirnos á todos nuestros Venerables Hermanos Cardenales y Obispos, que con su presencia en el pasado Mayo, y con ocasión de santísimas ceremonias, nos regocijaron; y que con tal motivo elevaron á Nos un común mensaje, en el que mostraban humilde adhesión y nobles afectos para con nuestras personas.

«Constábanos ya, Venerables Hermanos, vuestro amor para con Nos y vuestra sumisión á la Silla Apostólica; pero nos ha sido grato ver confirmado el uno y la otra; porque muy de desear es, especialmente en estos tiempos nuestros, que frecuentemente se demuestren las atenciones, la mutua caridad y la conformidad de pensamientos, con que se patentiza la unión íntima que existe entre los que gobiernan la sociedad cristiana y el Soberano Pontífice, al cual Jesucristo confirió lo sumo del poder, y en quien puso el principio de la unidad. En lo que con vosotros concuerdan muchos de los cristianos; pues advertimos que por especial providencia divina acaece que se despierta de un lado el amor á la Santa Sede á proporción que de otro arrecia el ataque contra ella; y precisamente para la conservación y propagación de ese amor del pueblo fiel, en el que se descubre un como principio y gaje de salvación futura, necesitase de vuestra autoridad y celo, el que, lo sabemos con certidumbre, no se desmentirá.

«Vuestros piadosos deseos acerca de la reconciliación de las naciones orientales y de todas las que disienten de nosotros en punto á la fe, nos han complacido por extremo. Nos hemos arrojado la semilla de esa obra verdaderamente grande y ardua de realizar; y confiamos que llegará á madurez algún día por la acción de Dios, que ordenó fuese una su Iglesia, abrazando en su seno á todo el género humano, y que puede apartar la voluntad de los hombres, sin menoscabar su libertad, de donde le place, y empujarla á donde quiere. Rogadle porfiadamente que arranque á tanta humana muchedumbre de sus errores y la haga venir á la verdad; y por lo que á vosotros toca, cooperad á nuestros intentos por los medios de que dispone la caridad cristiana.

«Al proceder á la ejecución de tantos proyectos y al intentar cumplir los demás deberes propios del oficio apostólico, pónese más de manifiesto cada día la necesidad de que vuelva la Silla de Pedro á aquella condición en que la constituyó la Providencia divina. Confianza suma tenemos en Dios, vengador de su Iglesia; y en-

tre tanto y mientras subsistan los inconvenientes y presentes dificultades, perseveraremos en protestar sin ambages contra la violencia de que es víctima el Papa, y en reclamar los santísimos derechos nuestros, que son los tutelares de nuestra libertad.

«Como prenda de los dones celestiales y testimonio de nuestra benevolencia os damos á vosotros, Venerables Hermanos, y á vuestro clero y pueblo amorosísimamente en el Señor la bendición apostólica.

«Dado en Roma en San Pedro el día 5 de Julio del año 1897, vigésimo de nuestro pontificado.—LEÓN PAPA XIII.»

## ASOCIACIÓN AUXILIADORA DE LAS MISIONES

HEMOS hablado otra vez en el *Boletín* de una obra modestísima, y por su modestia poco conocida, pero importante sobremanera. Nos referimos á la Asociación caritativa, que ampara y protege las Misiones de Mindanao en las islas Filipinas, utilizando al intento no sólo el trabajo de las asociadas, sino todo lo que algo vale, empezando por los sellos de correos ya usados y concluyendo por el papel de desecho.

Para que se vea lo que sin ruido ha hecho y hace esa Obra, merecedora de que se la proteja y auxilie, nos ha parecido oportuno publicar la nota, que explica lo que en el presente año de 1897 ha enviado la Asociación á Mindanao. Dice así:

PRENDAS Y OBJETOS ENVIADOS Á LAS MISIONES DE MINDANAO EN EL AÑO DE 1897 POR LA ASOCIACIÓN AUXILIADORA DE LAS MISIONES, DE SEVILLA.

### Ropa de iglesia

Purificadores, 19.—Corporales, 12.—Palias, 9.—Manteles de altar, 12.—Toallitas, 6.—Amitos, 6.—Albas, 7.—Cingulos de hilo, 4.—Id. de seda, 4.—Toalla de comulgatorio, 1.—Cortinilla de manifestador, 1.—Casullas blancas, 2.—Id. encarnadas, 2.—Id. morada, 1.—Id. negras, 2.—Capas, 1 blanca, 1 negra, 1 morada.—Estolas, 7.—Manípulos, 7.—Paños de cáliz, 7.—Bolsas de corporales, 7.—Ornamentos usados, 1 verde, 2 negros, 2 encarnados, y 1 morado.—Cáliz con patena y cucharilla, 1.—Misal, 1.—Atril, 1.—Juego de sacras, 1.—Campanilla, 1.—Pileta pequeña, 1.—Rosarios, 32.—Escapularios, 118.—Medallas, 6.—Cruces, 10.—Catecismos, 24.—Estampas, 483.—Total, 813.

### Para indígenas

Blusas de hombre, 89.—Pantalones id., 83.—Vestidos de niño, 86.—Faldas de mujer, 109.—Chambras id., 97.—Pañuelos, 213.—Total, 687.

Collares, 55.—Pendientes, 17.—Agujetas, 13.—Sortijas, 19.—Alfileres, 15.—Pulseras, 32.—Peinetas, 3.—Botones, 74.—Hebillas, 11.—Pasadores, 4.—Espejos, 8.—Cromos, 38.—Monedas, 9.—Dijes, 14.—Juguets, 15.—Piedras falsas, 500.—Total, 827.

Las 3 capas y las 7 casullas nuevas se han hecho con el producto de más de 300,000 sellos, 10 arrobas de periódicos y tanto por ciento de 400 calendarios, que ha ascendido durante el año á 355 pesetas.

(*Bol. ecles. de Sevilla*).



## EL P. CLARET

EL siervo de Dios Antonio María Claret, nacido de padres piadosos en Sallent, provincia de Barcelona, en 23 de Diciembre de 1807, fué desde la niñez modelo acabado de todas las virtudes, causando admiración á cuantos le conocieron. Hizo sus estudios en el Seminario de Vich con notable aprovechamiento. El Ilmo. Corcuera, que murió en olor de santidad, quiso anticipar su ordenación, por ver en él señales extraordinarias de santidad de vida. Ocupó en la diócesis varios destinos parroquiales con admirable fruto y edificación de todos; el celo que desplegó y las curaciones prodigiosas que hizo, le merecieron el respeto y veneración como de santo.

Para él era un reducido campo el cargo parroquial; y así, anhelando la salvación de todo el mundo y el derramar su sangre por la fe, quiso formar parte de la *Propaganda Fide*; pero Dios hizo patente con un prodigio, que le reservaba para otra muy elevada empresa. En su virtud, inauguró por divina inspiración una nueva era de celo por medio de Misiones y ejercicios espirituales al clero, Seminarios, casas religiosas y seculares, siempre con fruto muy copioso. Testigos son de ello las varias diócesis de la península é islas Canarias que recorrió, siendo comúnmente aclamado por santo.

A fin de obtener más fácilmente su vasto ideal, fundó, entre otros Institutos, la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María: infundióles su espíritu, y les predijo que seguirían evangelizando hasta el fin del mundo.

Reconocidas por la Nunciatura apostólica y el Gobierno español la ciencia y santidad del Siervo de Dios, fué presentado para la sede arzobispal de Cuba, y á pesar de sus repetidas renunciaciones, hubo de aceptarla en virtud de santa obediencia. Durante los seis años de su pontificado evangelizó con gran celo aquella vasta archidiócesis, reformando el clero, Seminario y pueblo con admirables conversiones: cebáronse en él la calumnia y la persecución, hasta el extremo de ser gravísimamente herido por mano de un sectario.

Poseía las ciencias que ilustran al sacerdote y al Prelado; pero se distinguía en las naturales y bíblicas, y sobre todo en la ascética y mística. Escribió muchas obras, opúsculos y folletos piadosos. Fué varias veces consultado por eminencias. Dotado de la gracia y discreción de espíritus y de profecía, penetraba los secretos del corazón humano, siguiéndose de ello extraordinarias conversiones, incluso las de algunos que intentaron asesinarle.

Asistió al Concilio Vaticano, y pronunció un fervoroso discurso con edificación de la augusta Asamblea. Por divina revelación predijo y anunció á Pío IX la ocupación de Roma por los enemigos del Pontificado.

Fuó un dechado de penitencia: no comía carne ni bebía vino; dormía poco y castigaba su cuerpo con ayunos, cilicios y disciplinas; en suma: era, como escribió Pío IX, «un varón todo de Dios»

Por fin, lleno de virtudes y méritos, desterrado y perseguido hasta en su agonía, falleció en el monasterio de Fontfroide (Francia) en 24 de Octubre de 1870. Con toda propiedad se grabaron sobre su lápida sepul-

cral aquellas célebres palabras de Gregorio VII: *Dilexi justitiam: odivi iniquitatem: propterea morior in exilio*. Dios ha querido hacer manifiesta la santidad de su Siervo obrando por su intercesión varios prodigios.

En su virtud, los misioneros del Corazón de María, confiando en Dios, y en la piedad de los fieles y á instancia de varios reverendísimos Prelados, incoaron en Vich en 10 de Octubre de 1887 el proceso informativo de su beatificación, que, llevado á Roma por el infrascrito, fué presentado á la Sagrada Congregación de Ritos el 10 de Diciembre de 1890. El Siervo de Dios, que fué tan compasivo en vida, recompensará, indudablemente, desde el cielo á cuantos se interesen por su Causa de Beatificación, y contribuyan, según les sea posible, al feliz éxito de la misma.—JOSÉ XIFRÉ, *superior general de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*.

## CRÓNICA

**China.**—Sor Archenault, Hija de la Caridad, escribe desde Hang-tcheu al R. Fiat, superior general de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad, dándole las siguientes noticias:

«El año 1897 será para las Hijas de San Vicente de Paúl del Celeste Imperio un precioso aniversario. En el mes de Septiembre próximo celebraremos el quincuagésimo aniversario de la salida de nuestras primeras Hermanas para China. Eran doce, número apostólico, de feliz agüero.

«De estas doce privilegiadas no queda más que sor Perboyre, hermana del bienaventurado Juan Gabriel Perboyre, muy bien conservada aún, á pesar de sus ochenta y dos años de edad: la tenemos en nuestra casita. Las demás, tiempo ha que están gozando de la dicha que adquirieron con sus largos años de padecimientos, valientemente sobrellevados para establecer en China nuestras santas y amadas obras.

«Desde 1847 ¡cuánta gloria se ha dado á Dios con el valor de estas generosas Hijas, que rivalizan con los misioneros y apóstoles entre los paganos! A juzgar por nuestra casita, que es la menor de todas, y que sólo data de 1869, el número de angelitos para el cielo es de 3,430, y el de los enfermos convertidos y bautizados en la hora de la muerte, de 1,675, sin contar todo el bien que ha resultado de las demás obras: escuelas, catecumenados, farmacias, visitas á domicilio, etc., etc.»

**Estados Unidos.**—En los Estados Unidos acaba de morir un hombre de mérito extraordinario, y del que justamente se gloriaba la Iglesia americana. Nos referimos al R. P. Hervit, superior de la Congregación de los Padres Paulistas, al que llamaban los ingleses el Newman de América, atendiendo á los muchos puntos de semejanza que se advierten en la vida de ambos insignes apologistas de la Iglesia católica.

Nacido en Fairfield en 1820, hizo sus primeros estudios en el colegio de Amherst, pasando más tarde al Instituto de Connecticut, en el que estudió teología y obtuvo su nombramiento de pastor de la iglesia congregacional. Obedeciendo al influjo que ejercieron sobre su ánimo el talento y la ciencia del Dr. Wittingham, se adhirió á la Iglesia episcopal, de la que fué nombrado diácono en 1843. Pero dos años más tarde, precisamente el mismo año en que abrazó el futuro cardenal Newman la fe católica, abjuró de sus errores el P. Hervit, comenzando sus estudios de teología católica en el seminario de Charlestown.

Ordenado de sacerdote en 1847, no tardó en asociarse á los redentoristas de Nueva York, inaugurando la serie de apóstoles trabajos que le granjearon en su patria fervorosos admiradores, aun entre sus mismos adversarios: su fama atravesó los mares, y el nombre del P. Hervit era citado en Roma como el de uno de los más elocuentes mantenedores de la fe en nuestros días.



Bien pronto hubo de comprender la necesidad que se hacía sentir en América de una Orden religiosa, exclusivamente americana y consagrada á la predicación apolégica: en su consecuencia, y con la aprobación de Pío IX, fundó la Congregación de los Sacerdotes Misioneros de San Pablo Apóstol, á cuyas infatigables tareas son debidos en gran parte los progresos alcanzados por el Catolicismo en América.

El P. Herwit tiene señalado en la historia religiosa de nuestros días un preeminente lugar, que nadie podrá arrebatárle.

**Misamis-Tagoloan (Filipinas).**—El R. P. Eusebio Barredo escribe desde Tagoloan al reverendo Padre Superior:

«En el mes de Julio recibí una carta del Sr. D. Federico Novella y P. Juanmartí, fechada en el alto Pulangui y que cruzó hasta llegar á Linabo. Mi contestación fué también atravesando aquellos bosques y el Pulangui, á Cottabato, y el que la llevó recibió del valiente y pundonoroso Sr. Novella, generosa recompensa; pues anhela dicho señor abrir comunicación con Linabo. El Pulangui no puede ser vía por sus espantosas y precipitadas corrientes, y si yo lo salvé el año pasado no fué sin evidente riesgo de la vida; así es que la comunicación ha de ser por tierra; hasta donde ya es tranquila la corriente del Pulangui. Es factible la comunicación deseada de Cottabato con Linabo; pues el terreno es llano y permite ir á caballo. Fundando tres ó cuatro Reducciones en ese trayecto, ya está realizada la obra de no pequeñas ventajas en la conquista de Mindanao. Después de esto damos otro paso adelante, y otro para unirnos con las Misiones de Davao y del Agusan (puesto que las dos son colindantes de ésta), y habremos casi coronado la obra en la total conquista de Mindanao. ¿Y esto cuándo será una realidad? Para responder á esta pregunta sería necesario disertar largo; sólo diré por ahora á V. R. que tal vez ese día está más próximo de lo que parece; si el Gobierno en sus deseos de conquistar luego á Mindanao, quiere ayudar al misionero en lo que éste solo no puede hacer, por donde pueda ir á buscar á los infieles hasta en sus últimas y más escondidas trincheras. De otro modo esas razas monteses estarán tranquilas tras la insuperable barrera que ofrecen el laberinto de montañas de Mindanao. Recorrer las costas y circunvalar éstas aunque cueste, es fácil relativamente; no así lo es el cruzar el interior en todas direcciones; y dicho se está que si no hay caminos no habrá comercio, y sin éste no se da vida á ninguna comarca que se conquista. Caminos, pues, que lo demás el misionero sabrá hacerlo en un plazo no largo; sin ellos pasará otra centuria más, y en el interior de Mindanao habrá comarcas donde no habremos asentado nuestros reales.

«Del estado de esta Misión algo deseará V. R. que le diga, y es justo que yo corresponda á sus deseos. Por los estados y planes de almas de los años pasados habrá visto que son ya algunos miles los que hemos bautizado en esta Misión, y en el actual es regular la cosecha recogida en los graneros del Señor: aparte de los bautizados por los PP. Terricabras y Guardiet, y creo que son bastantes, yo llevo en este año unos 1,300 solamente en tres pueblos, Bugcaon, Linabo y Oroquieta. Fueron 800 los bautizados en las dos primeras semanas de Noviembre. Voy á salir yo por orden superior para Manila, y entre tanto los PP. Heras y Urios subirán para hacerles las fiestas con toda la solemnidad y el mismo aparato que en los antiguos cristianos.

«Pero para juzgar de la vitalidad de esta Misión habría de decirle algo del extraordinario comercio que cada día se desarrolla en estos pueblos, á pesar de las dificultades para extraer sus productos. Todo lo han de hacer cargando carabaos 2, 3, 4 y 5 días de camino para llegar á Tagoloan. Con frecuencia se encuentran caravanas de más de 100 carabaos. Son muchos los miles de picos de abacá, y aún faltan brazos para el beneficio de éste. El cacao y el café sobre todo es en grande escala el que se cultiva y en su temporada es mucha también la cera que de aquí sale. La dificultad nuestra está en la necesidad de visitar tanto pueblo siempre á caballo y á veces por caminos pésimos.

«Con estos datos ya se formará V. R. una idea de lo que es esta hermosa Misión; pida V. R. al Señor que prospere más y más y que se nos abran nuevas comarcas donde trabajar de la misma suerte.»

## VARIEDADES

SAN LUÍS, REY DE FRANCIA, PRISIONERO DE LOS SARRACENOS

EL glorioso San Luís, rey de Francia, cuya fiesta celebra este mes la Iglesia, es uno de los que con más heroicas virtudes han ilustrado la púrpura y la corona. Uno de sus rasgos más admirables es su cautiverio en Africa en poder de los sarracenos, á quienes había ido á combatir al frente de una numerosa Cruzada. La victoria no coronó los esfuerzos del magnánimo Rey, y los sectarios de Mahoma lograron hasta apoderarse de su persona. En esta situación le presenta el bellissimo grabado de Gustavo Doré que damos en la página 373. El gran artista ha hecho reflejar en el rayo de luz que del cielo se derrama sobre la cabeza del augusto cautivo, la figura de Cristo coronado de espinas y befo por la soldadesca, como medio ingenioso de significar los elevados pensamientos que en aquella situación daban fortaleza y valor al nobilísimo Principe. Después de haberse ganado el respeto y la admiración de sus propios enemigos con sus insignes virtudes, fué rescatado San Luís, y volvió á su patria y trono.

### SEPULCROS DE SELEUCIA

En las costas meridionales de las casi desiertas comarcas de la Sicilia y Pamfilia en el Asia Menor, bañadas por el Mediterráneo, se encuentran algunos puntos habitados que merecen apenas el nombre de ciudades. La antigua Seleucia Trachea pertenece á este número, no formando más que una agrupación de cabañas de tierra y de madera; pero en sus inmediaciones se ven ruinas importantes, entre las cuales se distinguen un anfiteatro, un templo, una ciudadela, inmensas cisternas, catacumbas y varios sarcófagos. (*V. el grabado de la pág. 380*).

### LAS GLORIAS DEL PROTESTANTISMO

#### TESTIMONIOS HISTÓRICOS

Después de tres siglos de persecución sangrienta, y de largos años, no menos crueles quizás, de aislamiento, de pobreza y de humillación, los católicos levantan la cabeza en Inglaterra. Se han publicado todo género de referencias y elocuentísimos hechos sobre el particular, y nos cumple ahora añadir algo que pone de manifiesto la suma enorme de heroicos esfuerzos y sacrificios que respresentan aquellos avances de la verdad en la Isla de los Santos. Aludimos á un libro recientemente publicado en París por la condesa de Courson, y en que esta distinguida escritora, siguiendo paso á paso á la historia, nos hace presenciar el terrible martirologio de la fe católica en Inglaterra, desde que el Protestantismo se impuso con el absolutismo de los dueños de haciendas y vidas.

Las mujeres tienen en aquel terrible drama un papel principalísimo: unas veces reciben en sus casas, con peligro de su vida, á los sacerdotes proscritos; otras veces sufren, sin desfallecimiento, las cárceles y los su-



plicios. Algunas, perseguidas por bárbaras leyes penales, abandonan el país y fundan conventos en Francia y en Bélgica.

La lista de las violencias oficiales es muy larga.

En 1559 se decretó que los súbditos que al tomar posesión de un empleo público no reconocieran la supremacía de la reina de Inglaterra sobre la del Soberano Pontífice, y rehusaran este juramento, fueran condenados á muerte.

En 1564, por haber un seglar asistido á un sacerdote, se le impuso la muerte.

En 1571, á un inglés que llevó á su país una bula del Papa, se le condenó al cadalso.

A los seglares que se sabía que se confesaban y recibían la absolución de un sacerdote católico, se les imponía la pena de muerte.

Los que llevaban una cruz, una medalla, un rosario, eran condenados á la confiscación de sus bienes y á prisión perpetua.

¿Enviaba un padre su hijo al extranjero para educarlo en la Religión católica? Una multa de cien libras esterlinas para el padre, é incapacidad de heredar para el hijo.

Bajo el reinado de Jacobo I se mandó que al católico que no asistiera á los oficios de las iglesias protestantes, se le impusiera una multa de veinte libras esterlinas por mes; si perseveraba, se le embargaban los bienes y se le condenaba á cárcel perpetua. El mismo Jacobo I confesaba sin vergüenza, que las multas impuestas á los *papistas*, como se llamaba á los católicos, le daban anualmente una renta de más de un millón de libras esterlinas.

A fines del siglo XVII, el rey Guillermo de Orange dispuso que los bienes de un católico podían ser embargados por un pariente cercano, si era protestante.

Omitimos otras mil vejaciones, imposiciones, peligros y penalidades que relata el interesante libro de la condesa Courson.

Se vieron entonces prodigios de firmeza, de valor y de fidelidad religiosa dignos de admiración.

Los cuatro hijos de Ricardo Vortington, el mayor de los cuales tenía dieciséis años, resistieron á las torturas de seis meses de pruebas, negándose á revelar las costumbres religiosas de sus padres y el nombre de los sacerdotes que frecuentaban la casa paterna.

Un católico del Yorkshire fué condenado á muerte por haber llevado un vaso de cerveza á un pobre sacerdote que estaba abrumado de fatiga.

Santiago Duc Kett, librero, fué decapitado por haber encuadernado libros católicos. En Tyburn se ejecutó á una criada, cuyo crimen consistía en haber dado dos shelling á un misionero.

Bajo el reinado de Enrique VIII, en los siniestros calabozos de Newgate, diez frailes cartujos, encadenados á pilares, murieron de frío y de hambre, después de una larga agonía.

Tomás Servord, arrojado á un calabozo debajo del Támesis, fué casi devorado por las ratas. Tomás Pounce, preso durante treinta años, conservó su actitud espiritual y alegre, besó las cadenas que lo tenían amarrado á la pared, y convirtió á los carceleros.

Rolando Jenks es colgado de un madero con clavos

que le atraviesan las orejas. El P. Gerardo, colgado de las manos hasta perder el conocimiento, decía que solamente los que han sufrido este tormento pueden comprender todo su horror.

El infame Ricardo Topolife, el más encarnizado perseguidor de sacerdotes, los hacía colgar por medio de anillos de hierro pasados por las muñecas.

Nada cansaba la constancia de los Mártires, nada abatía su valor, nada apagaba la llama de su fe.

Cuándo Margarita Pole, la última descendiente de la nobilísima familia de los Plantagenets, después de dos años de calabozo fué condenada á muerte, no solamente sin pruebas, sino sin proceso, el verdugo la mandó colocar la cabeza sobre el tajo, y ella exclamó:

—¡Que los traidores lo hagan así! Yo no he cometido ningún crimen; si queréis mi cabeza, tomadla.

Y de pie, levantando aquella frente que no se había doblado más que delante de Dios, sufrió el martirio.

La escena que se siguió fué atroz. El verdugo golpeó varias veces la cabeza de la víctima, cuyos labios decían:

—¡Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia!

Al lado de estas brutalidades hay rasgos de heroísmo conmovedores, recuerdos penetrantes y dulces.

De las mujeres cuya vida traza la condesa de Courson, dando lecciones de valor, de fe y dignidad, merecen citarse Juana Dormer, duquesa de Feria, inglesa de nacimiento, española por el matrimonio, que inició la fundación de seminarios ingleses fuera del país, para la perpetuidad del sacerdocio. Margarita Citerow que, á pesar de las terribles leyes penales que violaban el hogar de los católicos, mantenía vivo el sentimiento religioso con rasgos heroicos en la población donde residía. Luisa Carvajal, española, que sacrificó su fortuna y su tranquilidad para ejercer un fecundo apostolado. En fin, María Vard, salida de una antigua familia, logró, á pesar de innumerables obstáculos y del terrible régimen de persecución, establecer una Comunidad religiosa.

A la persecución sangrienta siguió la persecución fiscal, lo arbitrario sin duda y no menos terrible, llegándose á que, en 1829, no hubiera en Inglaterra más que 348 sacerdotes.

Las circunstancias han ido modificándose, y hoy el clero católico cuenta 3,000 sacerdotes, y estas maravillas se realizan sin violencias y sin turbaciones. ¡Oh poder incontrastable de la perseverancia y la abnegación!

Cuando los protestantes hablen de la Inquisición, se les puede contestar con los datos curiosos y abundantes reunidos en su bello libro por la condesa de Courson, en donde se demuestra que las inhumanidades del Protestantismo y su refinada crueldad no tienen igual en la historia.

## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE

*Para las Misiones católicas de Armenia*

José Sarachu, de Durango. . . . . 25 pesetas

*Para las Misiones más necesitadas*

J. S., de Barcelona.. . . . 2 »

(Se continuará).

TIPOGRAFIA CATOLICA, Pino, 5, Barcelona